

Mo Yan

Premio Nobel de Literatura

莫言

**EL
MANGLAR**

红树林

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez



MO YAN
EL MANGLAR
(Hong shulin)

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez



KAILAS

KF9

El manglar

Título original: *Hong shulin*

© 1999, Mo Yan

© 2016, de la traducción y de las notas: Blas Piñero Martínez

© 2016, Kailas Editorial, S. L.

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

kailas@kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Diseño interior: Luis Brea Martínez

Maquetación: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN: 978-84-16023-95-0

Depósito Legal: M-315-2016

Impreso en Artes Gráficas Cofás, S. A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

Impreso en España – *Printed in Spain*

A modo de preámbulo

EN DONDE CRECEN LOS ÁRBOLES del manglar —árboles de hojas rojas, como las llamaradas altas y vigorosas del fuego—, transcurre esta historia despacible y turbulenta; una historia desquiciada como un potro impetuoso que duda de la dirección que debe tomar...

Capítulo I

AQUEL DÍA, EN LO MÁS PROFUNDO de la noche, ella llegó en automóvil a una villa secreta junto al mar. Una lluvia torrencial acababa de lavar el pavimento del camino. No había un alma, y solamente, a lo lejos, se oía el bramido del mar. Ella tenía la costumbre de conducir el coche con los pies desnudos. La berlina roja de la marca de automóviles lujosos Lexus que conducía parecía un tiburón desbocado que había perdido el control de sí mismo y que avanzaba colisionando, a ciegas, contra las aguas que iba surcando. Las ruedas del coche levantaban a su paso ráfagas violentas de agua. Esa manera con la que solía conducir ella me aterraba. Lin Lan (cuyo nombre y apellido evocan «la bruma que se posa sobre los árboles del bosque»), tú no tenías, en realidad, ninguna necesidad de hacerlo de esa manera; yo podía comprender lo que pasaba por tu cabeza, pero tú no tenías ninguna necesidad de hacerlo de esa manera, le aconsejé en voz baja. La berlina dobló bruscamente la esquina, como las bestias salvajes en los tebeos para niños, hasta plantarse impetuosamente en la entrada misma del pueblo. Al detenerse, se oyó, en medio de la noche, el ruido estridente y escandaloso de los frenos del auto al accionarse. El agua de la lluvia que se había acumulado sobre las copas frondosas de los árboles goteaba abundantemente sobre el suelo, y algunas de esas

gotas caían a su vez sobre la carrocería del coche; parecía que había gente que se estaba riendo de nosotros. Ella salió del coche por una de sus puertas y llevaba sobre los hombros una pelliza de piel. Tenía en sus manos los dos zapatos. Había abierto la puerta del coche, haciendo un gran esfuerzo. Pude oír cómo sus pies pisaban el agua que la lluvia de la tarde había dejado en el suelo y, luego, las piedras de la entrada y los peldaños de la escalera. Eran pasos pesados, en los que la carne de los pies colisionaba con la superficie de la piedra. Yo la seguía, ya que mi propósito era entrar en su nido perfumado secreto, es decir, la residencia que íbamos a compartir. La lámpara de cristal, toda ella resplandeciente, a pesar de la luz dorada que desprendía, no podía esconder el azul cielo del bolso que volaba en medio del espacio de un lado a otro. Los zapatos de tacón alto también eran de ese azul cielo y también volaban de un lado a otro y se peleaban entre ellos. La falda larga de color azul cielo también volaba y flotaba en el espacio ligera como una pluma. Finalmente, eran los calcetines de color azul cielo los que también volaban, como el sujetador azul cielo, y como las medias azul cielo. Y en un instante, el azul cielo de la teniente de alcalde de Nanjiang («el río del sur») se transformó en el blanco jade de la piel de una mujer, la cual irrumpió sin ningún punto de sutura en la sala de baño.

Abrí el agua de la ducha, y del cabezal ajustable que había incrustado en ella salieron de forma abrupta miles de gotas de agua —eran hileras de gotas brillantes— que cubrieron todo su cuerpo. Ella musitó algo bajo la red de agua. ¿Estaba demasiado fría? No, vosotros no me cuidáis. ¡Vosotros me habéis matado! Lin Lan, ¿por qué has llegado tan lejos? El río encuentra siempre un camino entre las montañas agrestes y las flores luminosas asoman entre los espesos bosques de sauces, y siempre hay un camino que te sacará de una situación difícil. Yo la ayudé a secarse el agua y la saqué de entre las cortinas que cubrían la ducha. Las motas de vapor se mezclaban con la luz dorada de la lámpara, creando gradualmente una atmósfera pesada y densa. Una niebla se formó delante del gran espejo. La figura claramente delimitada de la mujer se transformó en una sombra blanca. Tenía

una piel tierna y cremosa, pero elástica y resistente. Una piel tersa que recordaba la piel de un balón. Acaricié con cuidado la piel de su cuerpo desnudo. Le acaricié los hombros y los pechos, su cara ovalada y sus nalgas. Y mientras le tocaba el cuerpo, le susurraba al oído palabras dulces: Mira, mira, es una mujer de cuarenta y cinco años, y todavía posee ese cuerpo y esa piel. Eso era, simplemente, un milagro...

Extendió las manos hacia el espejo y limpió el vaho. Entre las gotas de agua que se deslizaban por la superficie, ella vio su propio cuerpo. Sujetaba con las dos manos sus dos pechos y miraba hacia abajo mientras hacía muecas con la boca. Parecía que quería tomar la leche de sus pechos. Yo estaba detrás de ella y sonreía por lo bajines. Entre mis risas, su garganta expelía un jadeo difícil de oír. Vi más tarde las lágrimas que salían de sus ojos.

Para entonarme, ella dejó caer intencionadamente su atuendo de alcaldesa y estalló en lágrimas.

Llora, llora; y le di unos golpecitos en la espalda para tranquilizarla.

Y para armarme de valor, ella dejó caer su atuendo de alcaldesa y estalló en lágrimas. La resonancia entre las cuatro paredes cubiertas de losas de cerámica de importación era muy buena. Sus llantos eran, por lo tanto, como olas que iban y venían entre los muros, y chocaban entre ellas. Por un lado lloraba, y por otro lanzaba contra las paredes todos los objetos que estaban delante del espejo. El frasco de crema para la cara se hizo trizas al impactar contra la pared y salpicó, con su color gris plateado, de un brillante que recordaba las perlas, la superficie del espejo y el suelo. En la sala de baño, la moral dejó paso a la más pura lascivia. Se formaron burbujas de agua de diferentes colores y el perfume se sentía en la nariz. Yo no podía soportar ese olor, que me hacía estornudar. A ella también la hacía estornudar, y cuando dejaba de estornudar, volvía a llorar. Luego se sentó en el suelo con las nalgas desnudas. En ese momento preciso me acordé de que ella no quería herirse el trasero con el plástico roto y se sentó cuidadosamente.

Se había sentado en el suelo y se agarraba la cabeza con las dos manos; apoyaba la barbilla en las rodillas y tenía la mirada ausente, con los ojos clavados en la imagen borrosa —que era la suya— que se reflejaba en el espejo. Su aspecto me hacía pensar en esos patos cansados que se sientan bajo los árboles. ¿En qué piensas?, me arrodillé detrás de ella y le pregunté con cuidado. Ella no me respondió. Ante una mujer tan bella, mi cabeza se llenaba de empatía y admiración. No podía esperar que me respondiese. Yo era como una sombra que la seguía. Varias décadas eran como un día para mí. Le susurré al oído: Todo es por ese hijo de puta que se apellida Ma («el caballo») y que te ha dejado en este estado.

¡No le ames más! Mi frase parecía haber encendido una bomba. Ella, airada, se puso a gritar. La mujer tierna y débil desapareció sin dejar rastro. Sus ojos se enrojecieron. Era, simplemente, como un perro asustado arrinconado en la esquina que formaban las paredes. Sus ojos negros y perlados brillaban como bolas de cristal. Igual que una loca, se golpeó el pecho y emitió un sonido gutural, como el grito de un niño. Su piel blanca como la nieve se amarató de golpe. Me precipité hacia delante y la abracé. Ella intentó liberarse de mí y me mordió las manos. Luego rompió el collar carísimo de perlas japonesas que colgaba de su cuello y lo lanzó contra el espejo. El impacto produjo un sonido claro y contundente, y las perlas del collar salieron desprendidas hasta rodar por el suelo. En la sala de baño se pudo oír la música intensamente triste de las perlas.

Yo sabía que ella amaba las perlas como la vida misma. Ella cuidaba las perlas y lo hacía como cuidaba sus propios dientes. Dar ese paso, que era la destrucción de las perlas, significaba que quería suicidarse. Cerré con fuerza la boca, mordiéndome los labios, y cerré el grifo del agua. El agua restante que todavía goteaba parecía lágrimas que caían una a una. Cogí una toalla y se la puse sobre los hombros. Cogí luego una toalla más pequeña y le sequé el cabello. Ella tenía la costumbre de ponerse crema en la cara después de lavarse. Ese era su secreto, su truco, para mantenerse joven. Pero para mis adentros, ese día no era así; era

imposible que fuera así. Con una de mis manos le agarré las piernas y se las doblé, y con la otra mano le sujeté el cuello y la llevé a la cama. Sus dos manos me agarraban con fuerza el cuello. Su cara y la mía estaban casi pegadas. Ella tenía en su cara una expresión muy viva y de mujer testaruda, como una jovencita que ha sufrido un agravio. Yo, en realidad, amaba demasiado a esa mujer; pero a veces la odiaba hasta el punto de que me entraban ganas de morderla. Aunque con solo verla, yo caía sumergido en una oleada de amor. El aliento caliente de su boca llegaba a una de mis orejas, y yo alcanzaba el éxtasis. Me entraban ganas de besarla suavemente, pero no me atrevía nunca.

La dejé encima de la cama —que era un camastro enorme, desmesurado—. Luego retrocedí como una sombra, con las manos colgadas y de pie, esperando que me diese alguna orden. Ella estaba espachurrada sobre la cama. Su cuerpo parecía un ideograma chino de grandes proporciones. Había algo de obsceno en ese cuerpo. Bajo la luz templada de la habitación, su piel resplandecía. En ese lapso de tiempo, su cuerpo permaneció inmóvil. Ni siquiera su pecho crecía y decrecía con la respiración. Parecía el cadáver de la bella durmiente. Al verla de esa manera, mi cuerpo sentía, simplemente, como si un cuchillo lo estuviese atravesando. Me dolía intensamente porque sabía que en este mundo no podía encontrar a ninguna otra mujer a la que amaría de esa manera.

Tras haber sido destruida por Jin Dachuan («el gran río dorado», que era lo que significaba su nombre junto con su apellido), ella lanzó un grito ronco; un grito hasta agotar sus fuerzas...

Ella era, en realidad, una belleza de los pies a la cabeza; era todavía más bella que las bellas. Los pechos acababan con la edad por deformarse y caerse en todas las mujeres, pero no los suyos, que seguían firmes y sin perder la forma. Tenía unos pechos tan bellos que hacían dudar a la gente, que se preguntaba si eran auténticos. Me puse a pensar en una escena: fue una noche poco tiempo atrás. Jin Dachuan estaba echado sobre una cama doble junto a ese tesoro precioso. Y en ese momento yo estaba en esa posición y mis ojos veían a Jin Dachuan junto a ella, ejerciendo

todo su poder sobre ese cuerpo. Sus piernas peludas y su culo endurecido me provocaban náuseas. No podía evitarlo. Lo odiaba y le hubiera cortado a trozos el cuello. Pero me sentía impotente. En ese momento, en la sombra, no podía hacer otra cosa que morderme los labios y masticar el veneno de los celos que había entrado en mi corazón. Vi cómo él le mordía los pezones como un bruto, le pellizcaba los muslos... Tú tenías que soportar esas salvajadas que iban más allá de lo que una persona puede soportar, mas tú gemías de placer, como una cerda a la que se le pinchan los glúteos. Sentí que mi corazón se hacía añicos, como si hubiese explotado. Jin Dachuan se sentaba sobre tu barriga y con las dos manos golpeaba tus pechos. Tu cabeza parecía la de un tambor, vibrando de un lado a otro... Ella lanzó un grito ronco hasta agotar sus fuerzas tras ser hundida por Jin Dachuan; y al gritar, los ojos se le pusieron en blanco, sonriendo como una niña, enseñando los dientes; una expresión repulsiva, sin mostrar nada de la actitud y expresión que debe tener una teniente de alcalde. Al final, ella y el cuerpo de él parecían atados por una cuerda y habían dejado las sábanas empapadas de sudor. La habitación se había llenado de olor a cópula, el que hacen dos animales. Era ese mismo olor intenso y repugnante. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, habría sido incapaz de soñarlo. Era el cuerpo de la teniente de alcalde de Nanjiang debajo de un hombre que, de buenas a primeras, podía hacer todas esas cosas. No lo habría pensado nunca. Tampoco podía pensar que una teniente de alcalde que se comporta a diario con tanta solemnidad y es tan seria podía actuar como una felina. Me acordé de lo que decía Jin Dachuan esbozando una sonrisa de satisfacción: ¡Tú deberías practicar judo! Sus ojos desprendían una luz brillante. Vete a saber si era de compasión o de ira; ella de repente estiró una de sus piernas como si quisiese darle una patada a Jin Dachuan y sacarlo de la cama.

Ahora, ¿debes espabilarte?, me pregunté en voz baja junto a su cama. No hay un solo hombre en esta ciudad que no haya hecho planes contigo y que no te haya utilizado de una manera u otra. Solo yo te he sido leal y he actuado con honestidad. Solo

yo te he tratado como algo de valor. Ella abrió bien los ojos para mirarme y con la boca hizo una mueca, como si quisiese decirme algo. Mi corazón se embriagó inmediatamente e inmediatamente se hizo añicos. Mi querida, mi corazón, mis entrañas, mis pulmones, tú, una y mil veces, no debes mostrarte educada conmigo, como un aliento frío y carente de significado colgado en su boca. Sujeté su espalda y la ayudé a levantarse de la cama. Me serví de todas mis extremidades para recuperar las perlas y con cuidado le pasé el collar por el cuello. Le di un masaje en la cabeza, cuyo cabello estaba, en realidad, en excelentes condiciones. Era un cabello abundante y exuberante, como la mata de una planta que ha crecido en una tierra muy fértil. Pero las raíces de esa planta parecían ahora podridas. La masa de pelo que formaba su cabello cayó, de golpe, suelta y simultáneamente. Su coleta se deshizo y, al mismo tiempo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Tu cuerpo me enviaba así un mensaje de mal augurio y así lo oí. Por tu hijo, Dahu (cuyo nombre quiere decir «el gran tigre»), por el amor que has recibido por todo el sufrimiento pasado, tu cuerpo no puede soportar ya más fardos; tu cuerpo débil y ya entrado en años no puede empezar de nuevo con todo ese movimiento.

Fuiste tú quien se desprendió de mis manos para deshacer la coleta y las apartaste con brusquedad, hasta lanzármelas contra el muro. Luego cogiste la cajetilla de cigarrillos que estaba sobre la mesita junto al cabezal de la cama; eran esos cigarrillos que valen trescientos yuanes. Yo me precipité a encendértelo. El humo impuro y sucio del cigarrillo salía por los orificios de tu nariz. Pensé con amargura: medio año atrás, ella no era una de esas personas que apesta a tabaco. En esa época, no había un solo cuadro dirigente en la ciudad que se atreviese a fumar en el despacho de la teniente de alcalde Lin... En un abrir y cerrar de ojos, se había convertido en una fumadora impenitente. Inhalaba el humo y lo expulsaba con excitación. Cuando el color rojo intenso del tabaco encendido se acercaba a su boca, su cara palidecía. La boca y las cejas se le retorcían. Los gusanos de seda maduran al mediodía y las mujeres envejecen por la noche.

Treinta años atrás, tú no eras más que una colegiala de instituto de enseñanza media que se cepillaba las dos coletas...

Y después de cada calada profunda, le daba una copa de vino, un vino que era francés, y la copa estaba hecha con cristal de roca oscurecido. Era un vino rojo de excelente calidad que se agitaba dentro de la reluciente copa de cristal como las aguas de un estanque. El cristal de la copa brillaba como una piedra preciosa. El cuerpo luminoso de una mujer en un pueblo junto al mar con un cigarrillo de una marca famosa en la mano izquierda y con una copa de vino francés en la mano derecha. Levantabas el cuello y dabas un trago hasta apurar la copa. Esa escena hizo que por mi cabeza aparecieran mil recuerdos. Retrocedí treinta años atrás y ni en sueños hubiera imaginado que más tarde podría vivir una escena como la que estaba viviendo. Treinta años atrás, tú no eras más que una colegiala de instituto de enseñanza media que se cepillaba las dos coletas. En esa época, tenías unas cejas muy pobladas y la piel muy oscura; en tus ojos grandes radiaba una luz que no temía la voluntad del Cielo. Tus piernas eran largas y tu cuerpo proporcionalmente corto, como un potrillo que acaba de nacer. Había algo de desequilibrado en tu cuerpo. Cuando caminabas por la calle, te tambaleabas, golpeabas la cabeza contra el plástico y el marco de la puerta, y parecía que tu cabeza no tenía ninguna conexión sólida con el cuerpo. En esa época, tú eras nuestro pequeño jefe —la cabecilla de nuestro grupo de Guardias rojos—. Tú llevabas en esos días el viejo y recién lavado uniforme militar que pertenecía a tu padre. En tu brazo izquierdo tenías el brazalete rojo, que te venía grande y se movía todo el tiempo; y en la cintura, te apretaba el cinturón de piel de buey que tu padre llevaba aquellos días. Ese cinturón tenía ya diez años, y esa era la razón por la cual se había ennegrecido; pero la hebilla resplandecía, ya que tú te encargabas de sacarle tanto brillo como podías. Tu cintura era diminuta, y el cinturón te quedaba grande. Tenías que añadir un agujero más para poder ajustártelo. Encontraste al tío Ma (el *shu* Ma), ese individuo desgraciado que se vio contaminado por

la mala reputación de nuestros nombres. El tío Ma había encontrado un clavo y un canto rodado, y se aflojó el cinturón cuando se subió en un taburete para dar su discurso en el aula. Nosotros contemplamos cómo el espabilado del tío Ma ponía el ojo en tu cinturón. *Pa, pa, pa; pa, pa, pa...* La piedra ovalada golpeaba el clavo, y el clavo entró en el cinturón, al igual que lo hubiera hecho una serpiente. ¿Qué hacíais vosotros ahí? Jin Dachuan llevaba en la cintura una granada de mano y un cincel y se presentó tras abrirse paso entre los presentes, y yo lo vi. Erais unos idiotas. ¿Qué hacíais formando un círculo? Él extendió su mano gruesa y le arrancó el cinturón de piel de buey. El tío Ma hizo hincapié en su habilidad y le susurró: ¡Suéltalo!... ¿Acaso es tuyo? No, es mío. Pero, por favor, ¡suéltalo ya! ¿Qué pasa si no lo hago? El tío Ma te lanzará la piedra. Jin Dachuan sacó de la cintura la granada de mano y la puso en lo alto; luego gritó: ¿Qué estás maquinando, hijo de puta? ¡Vamos a pringarla juntos o qué!... Tú le quitaste la piedra al tío Ma y recuperaste la granada de Jin Dachuan, luego dijiste: El cinturón es mío. ¿Es tuyo? La agresividad y la arrogancia del tío Ma se diluyeron al instante. Una sonrisa se dibujó en su piel y añadiste: Pequeña *yatou* de poco pelo, mi putita esclava, ¿desde cuándo te da por pelearte con un tesoro? ¿No querrás robarlo? ¿No me lo vas a dar o qué? ¡*Puaj!*, escupiste. Tu escupitajo casi llegó a tocar a Jin Dachuan. ¿Lo merecías? Este cinturón era el que utilizaba mi padre para azotar a los diablos japoneses. Mira, dijiste, señalando unas rasgaduras que había en el cinturón. Esto lo hizo la bala de uno de los diablos. Este cinturón se lo dio el hermano mayor de mi padre —el gran tío Ma, el *bobo* Ma— a mi padre. Si no hubiera sido por este cinturón, mi padre habría muerto por la bala de uno de esos diablos. Y si mi padre hubiera muerto, yo no habría nacido. De tu bolsillo sacaste un caramelo, que era en realidad una fruta glaseada. Le quitaste el papel y lo llevaste a la boca del tío Ma, pero este lo cogió con la mano. Con un tono de voz ni demasiado alto ni demasiado bajo, dijiste: ¿Qué haces? Pero ¿qué coño haces?, y le agarraste la mano al tío Ma. Cogiste el caramelo y se lo emplastaste en la boca. El tío Ma quiso escupirlo, pero tú alzaste el mentón,

clavaste tus ojos en él y le dijiste: ¡Cómo te atreves! Si lo escuches, no te haré caso. El tío Ma guardó en la boca el caramelo, y su cara delgaducha enrojeció hasta parecer la cresta de un gallo. Tú no lo viste tal vez, pero yo sí que lo vi claramente. La cara de Jin Dachuan se puso muy fea cuando tú le hiciste eso del caramelo al tío Ma. La expresión de su cara no reflejaba indignación, tampoco era de celos. Era más bien una cara de extrema vergüenza ajena. Aplaudimos y nos pusimos a clamar como locos: Vale, vale..., ya está bien, tío Ma y Lin Lan... ¡Comamos todos los caramelos, adelante!... Jin Dachuan cogió su granada en medio de nuestro clamor y sin estar del todo convencido la metió en su cintura.

Algunos años atrás, cuando eras una estudiante en el instituto y participabas en las competiciones deportivas del pueblo, tus modales heroicos y valientes saltaban inmediatamente a mis ojos.

Ella dio un salto y su cuerpo se balanceó de un lado a otro, se precipitó hacia la copa de vino y cogió la botella. Parecía una estrella de cine. Estiró el cuello y se bebió de un trago más de la mitad. El vino, rojo como la sangre, se derramó por el valle profundo que se abría entre sus dos pechos hasta llegar a la barriga..., y cuando se lo notó, arrojó con violencia, al suelo, la botella que tenía en la mano. Se precipitó de nuevo hacia la cama, que era el sitio que le creaba a ella la máxima adicción. De tu propia boca salieron las palabras que le dijeron a Jin Dachuan que la cama era el lugar que te creaba más adicción; incluso más adicción que los despachos de los gobernantes. Hundiste en la almohada tu cara y con los puños golpeaste ese cabezal acolchado. Querida, ponte a pensar un poco en el camino de aquellos que no pierden nunca la esperanza. Me parecía una de esas mujeres casadas ya entradas en años que dan consejos. Intenté por todos los medios cogerle los puños y parar su rabia, que iba, sin duda alguna, a revolverse contra ella misma y a herirla. Pero sus manos parecían las pezuñas de un cerdo que acaban de salir de una cazuela con agua hirviendo. Estaban ardiendo y tenían algo de cómico; y,

simplemente, no las agarré. Como consecuencia de ello, mis lágrimas empezaron a salir como esas gotas que caen en los techos de las cuevas. Mis lágrimas, frías y contundentes, cayeron sobre su espina dorsal.

Mis lágrimas cayeron abundantemente hasta acumularse al fin en los dos orificios de su riñonera. Y como un potrillo gordo, acabaron saltando en la reguera del culo. Moví la cabeza y bajé un poco la frente para que mis lágrimas cayesen directamente sobre tus glúteos. Las perlas son en verdad una muy buena cosa. No podía creer, con todo lo que habías vivido, que tu culo pudiese tener cuarenta y cinco años. Ni que fuese una perla preciosa que con el tiempo permanece inalterable. Tus glúteos estaban, en realidad, redondeados como una de esas perlas y tan pulidos que brillaban como la piedra de jade. Mis lágrimas caían sobre ellos como gotas de lluvia cayendo sobre hojas de loto. Las gotas se iban juntando y formaban un riachuelo de lágrimas que no dejaba ni herida ni rastro. Mi corazón rebosaba de intenciones dulces como la miel. El pasado me venía como una ola que se agitaba en mi interior. Algunos años atrás, cuando eras una estudiante en el instituto y participabas en las competiciones deportivas del pueblo, tus modales heroicos y valientes saltaban inmediatamente a mis ojos.

Se había puesto a llover en medio de la noche. Era una lluvia sucia que se acumulaba en la parte exterior del campo de entrenamiento y sus cuatro costados. Había un óvalo en el interior de las pistas de atletismo, que hacían cuatrocientos metros y estaban cubiertas de tierra roja. Sobre el terreno no había crecido apenas la hierba y parecía la cabeza de un calvo. Había un par de porterías con sus redes rojas en ese terreno deportivo. Las redes estaban rotas y había unas cabras con las mamas erectas. Las cuerdas que ataban esas cabras debían alcanzar un radio de cincuenta metros. Las mamas de las cabras parecían bolsillos repletos de algo y casi tocaban el suelo. No habían comenzado las competiciones. Pero nuestras estudiantes de enseñanza

media en el *xian* de Nanjiang ya se habían posicionado en las banquetas del terreno deportivo. Esas banquetas de cemento habían enmohecido con el tiempo y estaban húmedas. Algunas zonas del terreno se habían convertido simplemente en charcos, y otras, en pequeños bebederos para pájaros. Ninguno de nosotros quería sentarse, pero el instructor insistió en que nos sentáramos. Justo en el lado derecho del ojo del instructor había un morado, que no era una marca de nacimiento, y le daba prestigio. Ello quería decir que alguien le había dado un puñetazo. Nosotros le llamábamos «la bestia de la cara morada», y nos decía: Vosotros no podéis actuar sin discernimiento, debéis mirar de frente lo que tenéis justo delante de vuestras narices. Por suerte, hemos llegado temprano. Si hubiéramos llegado un poco más tarde, nos habríamos peleado con los otros colegios. Como hemos podido ver, llegar al amanecer es siempre mejor que llegar al anochecer. El grupo de los estudiantes que miran el sol, marchan a paso rápido, y luego regresan.

Era un terreno que carecía de una forma regular y apropiada y estaba rodeado por una alambrada que lo protegía. Ese terreno hacía a menudo de patio para nuestro colegio. Cuando acabábamos las clases, íbamos a ese terreno y ahí jugábamos a fútbol, nos peleábamos o cazábamos saltamontes. En ese momento, nuestra escuela era igual que las otras escuelas que había en China. Entre chicos y chicas no había el menor contacto y nos llevábamos bastante mal; pero nosotros, los chicos, admirábamos la belleza de algunas chicas y nos sentíamos atraídos por ellas.

Solo lo comprendí al cabo de muchos años. Del mal olor que hacía en aquellos años hasta llegar al perfume de ahora, yo te he visto crecer, y he visto cómo tu olor ha evolucionado de una adolescente a una mujer madura.

Las mujeres parecían entonces un imán y los hombres eran como el hierro. Sin embargo, los hombres fingían odiarlas. Al verlas, simplemente no les hacían caso. ¿El sexo femenino? El sexo femenino era, en realidad, mucho más interesante que el sexo masculino. Pero ellas también fingían indiferencia y repulsión hacia los hombres. En esa época, tú ingresaste en el equipo de

nuestra escuela y parecías una mariposa volando hacia nosotros. Mientras tanto, nosotros practicábamos nuestros ejercicios físicos, doblándonos para arriba y para abajo, ya que era la clase de gimnasia. Ese era nuestro equipo y el profesor Sun estaba explicándonos el tercer ejercicio. En ese momento preciso, te vimos todos. El profesor Zhai, que era el responsable de nuestra clase, te traía de la mano y te introdujo en nuestro grupo. Se hizo el día porque alguien como tú trajo la luz con su encanto. Los integrantes del grupo, que estábamos moribundos, volvimos a la vida. Sun, el profesor de Educación Física, se giró para dar la bienvenida al profesor y darte la bienvenida a ti. Llevabas un par de zapatillas de tela de color púrpura y unos calcetines blancos como la nieve, con un par de bolitas peludas cosidas en ellos. Tus pequeñas piernas eran delgadas y esbeltas, y tus rodillas, exquisitas. Llevabas una falda azul cielo atada con un cinturón muy fino. Tu cuerpo estaba cubierto por una blusa blanca de mangas cortas. Tu cuello era muy largo, y tu cabeza no era demasiado grande; tus rasgos faciales eran correctos y bien definidos, y nadie de nosotros podía olvidarlos tras haberlos visto. El profesor Zhai dio tres palmadas y, contento, nos dijo: Alumnos de este colegio y compañeros de clase, tengo el placer de presentaros a una nueva estudiante, Lin Lan. Nuestros ojos se fijaron inmediatamente en tu cuerpo. Jin Dachuan, el hijo del jefe del personal del aeropuerto militar, preguntó con un tono de voz acusador: ¿Qué «Lin»? Y tú levantaste el dedo índice de tu mano derecha y dibujaste un par de árboles en el espacio vacío. Jin Dachuan volvió a preguntar: ¿Y qué «Lan»? y tú dibujaste y dijiste: La montaña sobre el viento. Jin Dachuan y Li Gaochao —que estaba a su lado—, se dijeron mutuamente: ¿La montaña sobre el viento? Pero ¿qué «Lan» es ese? ¿Hay algún «Lan» con el viento y la montaña? A decir verdad, ninguno de nosotros había aprendido todavía ese carácter chino². El profesor Zhai golpeó tu cabeza y te pasó al profesor Sun. Luego dio media vuelta y se fue. El profesor Sun te cogió de la mano y te condujo hacia nosotros, es decir, hacia nuestro equipo. Al verle la cara al profesor, todos supimos que buscaba un lugar conveniente para colocarte entre

nosotros. Nuestros corazones se pusieron, de repente, a atormentarse mutuamente. Esperábamos que el profesor Sun nos pusiera en el mismo grupo que ella para hacer las mismas actividades físicas. Pero también temíamos lo mismo: que el profesor Sun nos pusiera en el mismo grupo que ella para hacer las mismas actividades físicas. Tú sonreíste, y lo hiciste con una sonrisa maliciosa. Parecías la mujer de un jefe de estado de un país extranjero. Sun, el profesor de Educación Física, inspeccionaba con cara de perro que muestra los dientes nuestro grupo y te puso entre Jin Dachuan y Li Gaochao. Jin Dachuan puso cara de niño arrogante y maleducado —la cara del hijo de un alto rango del ejército—. Li Gaochao puso la cara amenazante de un perro que pone el hijo de un chófer de mala muerte. El profesor Sun te puso inmediatamente a marchar entre Jin y Li. Y nada más ponerte entre ellos, Jin Dachuan puso cara de decepción. Li Gaochao preguntó: A este ritmo, ¿no vamos a aplastarla? El profesor de Educación Física Sun cambió de opinión y te puso entre el tío Ma y yo. El profesor retrocedió y dijo: ¡Vale, te quedas aquí! Ese era, en realidad, el lugar que más te convenía. El tío Ma era un poco más alto que tú; y yo, un poco más bajo. Tú mirabas a derecha y a izquierda, y bajabas delante de mí la cabeza, y al tío Ma le mirabas de reojo, mientras ponías cara de fantasma. Cielos, mi corazón se transformó al instante en una botella de los cinco sabores. Me sonreías. Eso era cortesía, eso era educación, eso era sentido del civismo, eso era una manera de entender el rechazo. Al tío Ma le ponías cara de fantasma. Eso era la intimidad, la familiaridad, juntar la nariz con los ojos y no tener ningún secreto. Al compararme con Jin Dachuan, yo era, al fin y al cabo, un tipo afortunado, ya que tu cuerpo, o mejor dicho, las ropas que lo cubrían, llenaban mi cabeza con su olor, el cual me hacía volar. En ese momento volví a cometer un error: pensé que ese olor era debido al jabón que utilizabas para lavarte o crema para la piel. Después, al cabo de muchos años, lo comprendí; tu olor era el olor de una adolescente pura e inteligente. En este mundo había miles de gentes capaces de reconocer los olores más sutiles, pero solo yo era capaz de oler la belleza. Observamos la cara tensa del

profesor de nuestro grupo, el del instituto de enseñanza media del símbolo *yang*, el instituto del Sol, y el que era nuestro instructor: la bestia de la cara morada.

Y bajo la influencia de tu olor, ese olor a juventud, ese olor fresco y lleno de vida, mi corazón se llenaba de felicidad, iluminado y embriagado por tu encanto, revigorizado como cuando se siente el viento del otoño. Para mí, el cielo se extendía como un océano, y la gente salía como las flores. Todo ello era debido a ti y a la felicidad que yo sentía. Todo ello parecía salido de una de esas canciones que aparecen en las películas. Luego se separó nuestro equipo de ejercicios físicos. Mientras hacíamos los abdominales, cuando ya a todos nosotros nos dolían todos los huesos, tú estabas como al principio. Tu cuerpo era flexible pero resistente, como los fideos chinos. En tu blandura había dureza, y superabas lo que se espera de un muelle. El profesor de Educación Física Sun te admiraba. Por eso te ponía siempre delante de nosotros: para que, además, fueses el ejemplo a seguir. ¡Mirad, todos los compañeros de clase deben hacerlo de la misma manera! Vosotros... El profesor Sun se quedó a medias con lo que quería decirnos. Se lo tragó; pero todos nosotros supimos la otra mitad de la frase: no era «perezosos», sino que era «idiotas». Tú eras generosa, nada que ver con los nuevos estudiantes que venían a nuestro instituto, que se mostraban tímidos y cautos. Eras como un potrillo rechoncho que nos enseñaba la parte de atrás. Desde ese preciso momento, yo me creé una ilusión; creía que tu coxis elevaba una cola invisible, pero, al parecer, solo la cola del pavo real era así. En concreto, sucedía cuando corrías. Tu postura y tus movimientos, la expresión de tu cara, tu olor..., todo ello me hacía pensar en la existencia de esa cola. Que no tuvieses cola era para mí algo inconcebible.

Los profesores y estudiantes del instituto del Sol nos miraban con rabia, ya que habíamos ocupado las banquetas de las gradas y se vieron obligados a sentarse fuera o quedarse de pie en el barro que cubría la parte baja del terreno de atletismo. Sus caras tenían que hacer frente al primer sol de la mañana, y eso molestaba, y parecían, amarillentos y peludos, unos girasoles. Notamos

que uno de entre ellos nos miraba —tanto a nosotros como a nuestro profesor e instructor, la bestia de la cara morada— con mucho resentimiento. Se trataba de un grandullón, que vino hacia nosotros muy decidido, y con el cuello estirado, para saber qué estaba pasando. Mi viejo Yu, entre nosotros, tú eras el gran hermano, el viejo Yu, pero tampoco podías, sin embargo, ¡estar toda la vida abusando de tus hermanos pequeños! El que hacía de instructor de ese grupo que pertenecía, además, al instituto del Sol, mostró sus dos enormes puños a nuestra bestia, la de la cara morada. Su cara esbozaba una sonrisa fría y condescendiente, ya que quería mostrarnos que no estaba en absoluto satisfecho con lo que estaba presenciando. Los ojos de la bestia de la cara morada siguieron el movimiento de los dos puños, agitándose en el aire. Poniéndose chulo, la bestia dijo: Señor Zhang, usted, que es el director de este instituto, no debe excitarse de esta manera, y hable más despacio, por favor... La bestia de la cara morada, medio mofándose de todos, quiso disipar la indignación del señor Zhang, el director del instituto. ¿Cómo es posible que yo no supiera esto? El señor Zhang contestó: ... Y si lo hubieras sabido, no lo habrías dicho. Vosotros no decís nunca la verdad; o bien vais de arrogantes u os aprovecháis de la gente. Ay, ay, mi querido director Zhang, ¿por qué decir esas cosas difíciles de oír? La bestia de la cara morada gritó seguidamente: Pero ¿no eran ocho *chi* de distancia lo que teníamos para sentarnos todos? ¿Es que no os dejamos que os sentéis en las gradas? Compañeros de clase, ¡poneos de pie! Hay por aquí muchas más gradas, ¡sacadlas! Y en ese momento preciso, la bestia le arreó al director del instituto del Sol, el señor Zhang, en plena frente, un golpe fuertísimo con la palma de la mano. El pobre hombre cayó al suelo. ¿Cómo le ha sentado eso, señor Zhang?, le preguntó, agachándose, la bestia de la cara morada. El señor Zhang se quitó la mano de la frente y la puso delante de sus ojos para ver lo que tenía; su mano estaba llena de sangre fresca y roja. ¡Sangre! Parecía un niño que lloriqueaba por haberle acusado injustamente de algo. Se había quedado, por lo tanto, con el culo sentado sobre el barro. Su trasero se había llenado todo con barro y se había mojado con el

agua que la lluvia había dejado. Observamos la frente abombada del señor Zhang. Una sangre negruzca chorreaba lentamente por todos los lados, por la nariz y las mejillas, hasta llegarle a la boca. La bestia de la cara morada le extendió la mano para ayudarle a ponerse de pie. El señor Zhang, medio muerto, no lo consintió. La bestia de la cara morada cogió un trozo de barro de color ceniza que estaba junto al señor Zhang, lo amasó con la mano, dio unos pasos hasta posicionarse delante del señor Zhang y, mirándonos, dijo contundentemente: ¿Quién ha hecho esto?

Ella se echó a reír: Mi querida *hermana mayor*..., tengo que soportar tus buenos y generosos actos, pero no quiero que se anuncie por ahí. ¿Lo entiendes? Por eso te ofrezco ahora este regalo: para mostrarte mis sentimientos.

Te giraste, y tus ojos se fijaron como perdidos en el techo. Te pusiste a un lado y abriste el armario con la ropa. Adiviné al instante cuáles eran tus intenciones. Sabía que el armario escondía un tesoro. Quien te dio ese tesoro era un miembro de la Academia de las Ciencias de la provincia que te vio nacer: era la estudiosa Lü Chaonan. Ella fumaba, bebía y siempre hablaba escupiendo; incluso siendo la organizadora de los movimientos por los derechos de las mujeres, era alguien que defendía a ultranza la soltería, y así lo practicaba. Quién hubiera pensado que tú ibas a ser amiga de una chica así. Aquella noche, en la habitación número 8 de los dormitorios de funcionarios gubernamentales, tú invitaste a Lü Chaonan a cenar. Yo estaba en una esquina y esperaba tus órdenes.

Lü parecía un general que agita las manos ante las jovencitas que están a su servicio. Vamos, vamos, niñas, salid y divertíos..., que yo tengo que hablar un asunto importante con la alcaldesa de la ciudad-prefectura Lin. Esa jovencita era igual de astuta que una zorra astuta, y así lo veía yo reflejado en su cara. Tú sonreías, y asentías con la cabeza ante la zorrilla, la cual te devolvía la sonrisa. Lü se llenó la copa de vino, y cuando quiso ofrecértelo a ti, tú tapaste la copa con la palma de la mano.

Ahora, dijo Lü, ¿puedo dejar de llamarte alcaldesa Lin?

Hace tiempo que no debías llamarme alcaldesa.

No, no, no... Hay que guardar las formas. Ante tus subordinados, tengo que proteger tu dignidad.

Habla, has venido esta vez porque... ¿quieres que te ayude a hacer algo?

Aunque hubieses abierto la boca para preguntarme algo, yo no me habría comportado educadamente contigo. Seguro que no. Lü dio un trago y vació media copa. Fue el gesto de un héroe, de un noble, pero su mirada reflejaba la realidad: era el gesto de un mendigo. Pensé en sacar el libro que había escrito esa mujerzuela. Era un libro sobre los problemas de las mujeres en la sociedad contemporánea, y de esa manera podía aprender algo más sobre ellas. El manuscrito había sido prologado por la famosa novelista (conocida en todo el mundo por la promoción del movimiento de los derechos de las mujeres) y profesora universitaria Ma Gelin. El prefacio era extremadamente elogioso con el contenido del libro y defendía su valor aduciendo que resumía a la perfección las ideas del movimiento de los derechos de las mujeres (el movimiento feminista) desde los primeros años del siglo xx.

Con una sonrisa, le cortaste la palabra a Lü: ¿Cuánto dinero te pide la casa editorial?

Treinta mil. Ese animal abrió la boca, como lo habría hecho un gran león. En realidad, ella dijo: Si están de acuerdo en hacer una buena promoción, ¿quién puede afirmar que el libro no se venderá bien? Un libro sobre el movimiento de los derechos de la mujer, en Occidente, se puede vender a decenas de miles de ejemplares.

¿Te piden treinta mil yuanes para promocionar el libro? Esto es inadmisibile. Pero yo puedo ocuparme de muchas cosas, y tú podrás ganar de una manera totalmente justificada y legal diez mil yuanes.

¡Diez mil yuanes están muy bien!

Nuestro pueblo se preparaba para la festividad de las Perlas, y era necesario hacer públicas las cuentas y escribir los informes.

Sin embargo, a ti, la que debía ayudar a los otros a escribir sobre los derechos de la mujer, te molestaba hacer ese trabajo de redacción para Lü Chaonan, la gran y talentosa escritora.

Ay, mi querida *hermana mayor*, mi querida *jiejie*... Ella dio un salto y exageró su gestualidad. Entonces lo supe: si no te hubiera encontrado, la mujerzuela de la Academia de las Ciencias no habría sido capaz de resolver su problema.

Ella se giró y se puso a tus espaldas, pero luego te agarró la cabeza y te la giró para besarte la parte baja de las mejillas.

Tú sentiste que de su boca salía un aliento musgoso que mezclaba el olor a tabaco y alcohol. Ese olor te hizo pensar, por asociación de ideas, en el aliento de un búfalo de agua. Pero a ti no te disgustó en absoluto ese aliento. Mas tu sentido de la afición, tu templanza, hizo que ella no sintiera ninguna incomodidad.

Cogiste su mano y le dijiste en voz baja: Rápido, debes dejarme..., menuda estás hecha tú...

Tranquilidad, y me dijo ella con un tono de voz infantil: Te puedo garantizar que yo no soy lesbiana... Cuando dijo eso, ella se cogió las tetas con las manos.

Sacaste las zarpas de perro. Tú, huevo podrido, tú apartaste la mano dándole un golpe y dijiste con un tono de voz solemne: ¿Cómo? ¿Deseas dispararnos o qué es esto?

No pasó nada. En la historia del mundo ha habido grandes eminencias literarias que para poder sobrevivir han debido hacer todo tipo de trabajos alimenticios. Máximo Gorki limpiaba zapatos en la calle, Jack London tuvo que hacer de pirata en el mar y Honorato de Balzac se convirtió en un burdel en una enorme tetera³... Las personas importantes deben estar dispuestas a aceptar puestos de menor rango, puestos que no están a su altura, ahora con la nobleza, y después con los plebeyos...

Que quede dicho, pues, de una vez por todas. Mañana, dejarás que el jefe del buró de Asuntos Culturales, el señor Wei, venga a verte.

Riendo, me dijo: Mi querida *hermana mayor*..., tengo que soportar tus buenos y generosos actos, pero no quiero que se anun-

cie por ahí. ¿Lo entiendes? Por eso te ofrezco ahora este regalo: para mostrarte mis sentimientos.

De la bolsa que llevaba a la espalda sacó un objeto rectangular envuelto en un papel de colores, los cuales, delante de mí, me deslumbraron. Ella me dijo: Mi querido tesoro, no tienes precio. Esto se lo doy para satisfacer las intenciones de la señora...

¿Qué tipo de fantasma era este? ¿Querías corromperme con un soborno?

No, no era un soborno.

Alargaste la mano deseando coger la caja, pero ella, sin embargo, abrió tu bolso de mano y metió dentro esa obra de arte.

Ella apartó tu bolso de mano y dijo: Gírate y luego podrás verlo, si no, no tiene efecto.

Tú te sentiste como engañada.

Ella te miró a los ojos como quien no quiere irse; y de repente cambiaste el tono de voz, una voz del fantasma de una mujer reencarnada en una zorra: Lin Lan, de veras que me revienta no ser un hombre...

Aquella noche vestías una falda larga de color azul cielo, y entre la boca y el cuello colgaba un collar con muchas perlas.

De regreso a la villa junto al mar, se te vio un poco agobiada e impaciente cuando abriste el papel del regalo —una capa de papel rojo, y otra de color amarillo—. Pero cuando acabaste con el papel amarillo, debajo había un papel blanco, y cuando sacaste el papel blanco..., apareció un joyero bellissimo. Te tomaste la molestia de abrir el regalo y, segura de ti misma, abriste la caja del joyero.

El falo gigantesco de un hombre apareció ante tus ojos. Tus ojos hicieron chiribitas; traslucían una luz salida de un cristal. Dicen que ese es el signo de una mujer que está excitada sexualmente.

Tú te asustaste y cerraste bruscamente el joyero. Tu mano parecía entonces haberse quemado al tocar la plancha caliente de la cocina, y así la retiraste hasta llevártela al pecho. Tu cara se encendió; enrojeció hasta parecerse a una gallina que acaba de poner un huevo.

Apestosa mujer fatal, ¿en qué jodido fantasma te has convertido para darme este susto de muerte?... , me dije en voz baja y sin prestar demasiada atención a las formas. Alcé la cabeza y miré los cuatro lados de la habitación. Tus movimientos y tu expresión facial parecían los de una putita que ha robado algo y lo niega, y tus ojos brillaban como bolas de cristal. Dicen que ese es el signo de una mujer que está excitada sexualmente.

Me dirigí hacia la puerta del dormitorio y la cerré sin hacer ruido, y tú apagaste luego la luz e inspeccionaste las cortinas que llegaban al suelo. Dije: Lin Lan, ¿eres igual de cobarde que un ratón? Pero ¿qué temes? Era tu casa. No me hacías caso, y yo me dirigí hacia la mesita y alumbré de nuevo la lamparita. Tú respiraste profundamente y apartaste con mucho cuidado el joyero. En tu rostro se dibujó una expresión grotesca, y me dieron ganas de reír. Parecía que dentro del joyero se escondía un pajarito que, si se abría la caja, saldría volando. O parecía más bien que el joyero ocultaba una bomba que, si se abría la caja..., explotaría. Dije: Ábrela. Nadie te está mirando. ¿Qué haces con esa pinta? Me enseñaste tus dientes blancos y te mordiste suavemente el labio inferior, ese labio rojo carnosos. En un arrebato, abriste el joyero. Por supuesto, si no había un pajarito dispuesto a salir volando, si tampoco había una bomba para explotar, solo podía haber ese gran pájaro rosado lleno de vida tendido en el interior. Tú le aplaudiste. Y con mucho cuidado, otra vez, temías que pudiese escaparse. Ese compañero tenía pelo y tenía además la forma de huevo oblongo. De los pies a la cabeza debía hacer siete *ke* y era de color perla. Por tu canturreo pude saber que era un objeto de importación. Lo habían traído de los Estados Unidos; era una copia de una estrella de cine china que había hecho fortuna en Hollywood y se llamaba XXXX. El material con el que estaba hecho provenía del gel de sílice de la mejor calidad. Ese objeto alargado se podía doblar, vibraba y daba vueltas. Funcionaba con una pequeña pila. Ese objeto se adaptaba perfectamente al sexo de una mujer, para darle el máximo placer. Era de gran calidad, y uno podía confiar totalmente en él. Había salido a los mercados de todo el mundo con esa función: dar el

máximo placer a la mujer, y fue especialmente bien recibido por las mujeres intelectuales...

Tu cuerpo desprendía un calor que incrementó considerablemente la temperatura de la habitación. Yo ya sabía que eras caprichosa y libidinosa como un mono y nada te paraba cuando te excitabas, como un caballo. Yo ya te había visto tan encendida como para intentarlo todo: pero también sabía que eras la contradicción en persona. Levantaste la cabeza, y enrojecieron tus dos mejillas. Me miraste entonces con ojos de mendigo, como si quisieses suplicarme algo. ¿Querías que me armase de valor? Y temblando, me preguntaste: ¿Puedo? ¿Puedo o no puedo?

Sonó el teléfono como una explosión, y tapaste de golpe el joyero para esconder ese tesoro que te hacía palpar el corazón.

Soy yo; y la feminista Lü Chaonan preguntó por teléfono: ¿Cómo se siente? ¿Ya lo ha probado?

Tú, ¡huevo podrido!...

Gran hermana Lin, ¡no te hagas la lista! Nosotros dos somos como dos mujeres solteras. Cuando una sufre, la otra también sufre. Cuando te quitas los pantalones, la alcaldesa se vuelve mujer. Escucha bien, te voy a leer el artículo que se publicó ayer en un gran periódico: Mujer, toma el poder de una vez por todas en tus manos. El sexo femenino debe consolarse. En una sociedad dominada por los hombres, sufrimos continuamente la negación inclemente de nuestros deseos y la difamación. Según los datos que manejamos, dos tercios de las mujeres que viven en este mundo no han tenido nunca un orgasmo. Esta es una realidad tan cruel como cierta. La única manera que tienen las mujeres para consolarse es la masturbación. De esta manera, el cien por cien de las mujeres alcanzará el orgasmo. Mujeres, consolaos y masturbaos de una vez por todas, y así aumentaréis vuestra calidad de vida. Tiene enormes beneficios para la salud... Hermanas, armaos de valor y poneos de pie. Tened en cuenta por una vez lo que os pide el cuerpo y vuestros deseos... Tocaos de una manera relajada hasta alcanzar la felicidad que tanto ansiabais... Tu cuerpo solo te pertenece a ti. Nadie tiene el derecho de interferir en él; y quien se atreva ¡se convertirá en nuestro enemigo! Para animar

a Lü Chaonan, te sentiste culpable y dejaste caer completamente al suelo tu esqueleto de alcaldesa. Esa fue tu búsqueda personal, la que debiste iniciar por ti misma.

A partir de ese momento, fue cuando empezó en realidad tu labor en las clases...

Esa es la razón por la cual, cuando abriste el cajón del armario que había junto a la cama, yo cogí esa cosa y te la di con todos mis respetos. Y cuando te la di, tú cerraste inmediatamente la luz, y lo pusiste entre tus manos débiles y temblorosas. Todas esas venas, tan reales como la vida misma, se inflaron de golpe; y esa mezcla de pelos dorados y oscuros también tembló ligeramente, con la perla en la parte superior. El objeto empezó a agitarse y dar vueltas lentamente; desprendió, además, unas luces chispeantes muy extrañas que parecían los ojos de un monstruo. Tú te sentiste, de repente, algo confundida. El olor a gel de sílice frío que salía de ese objeto te dio ganas de vomitar. Era la primera vez que olías ese gel sobre tu cuerpo. Te pusiste en trance. Esa cosa que era para jugar a diario te devolvía a la vida. De hecho, esa cosa estaba viva: respiraba, tenía un corazón que palpataba, y se calentaba, como si tuviera sentimientos. Tú le pusiste un nombre a esa cosa: tu hermanito pequeño. Y en tus manos, en tus ojos, desprendía ese aliento frío. Ese ojo solitario y oscuro parpadeaba y se convertía gradualmente en una víbora fantástica. Emitiste entonces un sonido extraño, levantaste la mano y tiraste esa cosa. La cosa golpeó la pared y luego cayó al suelo. Una vez en el suelo, la cosa seguía temblando; parecía un ratón que acababa de ser envenenado.

Y justo cuando cayó al suelo, yo supe que el dolor que te corría era demasiado profundo.

Me miraste, y yo creía que me pedías que te gritase: ¡Te odio!

Capítulo II

DE BUENA MAÑANA, y dentro ya del coche, levantaste descuidadamente la cabeza y viste que él iba en bicicleta y con su hijo a cuestas; y de esa manera avanzaba, a toda prisa. El mar estaba demasiado agitado, con olas enormes que se alzaban por encima de la superficie, y varias decenas de barcos pescadores habían decidido anclar en el puerto. Redujiste la velocidad del auto y apretaste el botón que bajaba la ventanilla. Estabas detrás de ellos, a su cola. El viento que llegaba del mar con olor a pescado se mezclaba con el olor de los árboles que poblaban los laterales de la carretera, y todo ello entraba en tu coche. Las dos manos de ese niño con la cabeza grande y redonda le tenían cogido de la cintura. El niño, en sus espaldas, justo donde ponía la cartera con los libros. Él pedaleaba y se giraba de vez en cuando para ver al niño. Le decía también algo a su hijo. Las nubes rosadas del crepúsculo todavía brillaban y creaban ante tus ojos una pantalla de luz roja. Una herida se abrió de repente en tu corazón. Lin Lan, me veo obligado a darte un aviso. Parece ser que una persona de tu estatus no debe forzar el cuerpo para tener otra vez hijos. Tú pensabas, en realidad, formar una familia. Él no te convenía. Pero tú, sin embargo, no estabas dispuesta a escucharme. Tú siempre hacías lo contrario de lo que te decía. Aceleraste y le adelantaste.

Sacaste la cabeza por la ventanilla. Él tenía una cita en tu casa, por la noche, con los compañeros de clase, para celebrar tu cumpleaños. Durante el proceso que estabas viviendo en esa época, tú ya habías intentado intimar con ese chico; pero ese pequeño compañero te miró de reojo y desafiantemente, como si su objetivo hubiera sido llenarte de hostilidad contra él. Yo adiviné, y luego lo supe, que tú eras un potrillo... Potrillo, yo no lo adiviné, pero lo supe luego, que tú eras un asno viejo y peludo. Mi potrillo, ¡no debías ser tan educado! Sonreíste y luego dijiste: De tal padre, tal hijo.

Al anochecer, en el segundo piso de los albergues de los funcionarios, que era tu casa, tu hijo Dahu («el gran tigre») estaba escondido en su habitación, con el culo pegado a la puerta y jugando con un juguete rojo parecido a ese plato de la provincia de Sichuan llamado «tesoro en medio de la palma de la mano», y hablando por teléfono con su amigo, el bribonzuelo de Qian Er'hu («el segundo tigre»). La estatura de ese pequeñajo era, más bien, elevada, y sus miembros bien proporcionados. Tenía la tez blanquísima, la cabeza poblada de pelo y un par de ojos entornados. En su cara se dibujaba siempre una sonrisa que le era natural. Tenía toda la pinta de un niño grande con cara de travieso. Dijo en voz baja: ¿Sí, dígame? Estamos en el restaurante de la Corriente de Viento —el restaurante noble y distinguido—, gran hermano, ven rápido. Esta noche hay diversión. Te esperan todos tus hermanos. No os preocupéis por mí. Esta noche es la fiesta de cumpleaños de mi vieja, que hace cuarenta y cuatro años, y ha invitado a su casa a todos sus antiguos compañeros; y me ha pedido que la ayude con las cosas. Te digo, gran hermano, que si no puedes venir, pues allá tú... Nosotros nos vamos a divertir. Yo tampoco pude venir porque, dicen, no me dejan asistir a los banquetes...

Y de puntillas, se fue a abrir la puerta, deslizándose luego por la entrada y saliendo hasta fuera.

Dahu, ¡de pie frente a mí!

Madre, él se rascó la parte de atrás de la cabeza y dijo con la voz pastosa: Hablemos de negocios...

¡Mierda de perro!, dijiste, pero si sois una banda de asistidos, ¿de qué negocios quieres hablar?

Quiero hablar de verdad, madre, hablar de negocios contigo... Utilizando la mejor tecnología japonesa, hemos preparado un brebaje de perlas para tomar por la boca⁴ que produciremos en cadena. Nuestro brebaje será un curalotodo. No habrá enfermedad que no cure. Montaremos la fábrica en Nanjiang, y de ahí al mundo entero. Vamos a crear tendencia y seremos los líderes de los nuevos brebajes medicinales y las nuevas bebidas de jengibre. Madre, lo que queremos pedirte es un préstamo...

¡Vete de aquí! Dime, ¿cuándo va a quebrar vuestra factoría de perlas?

Madre, ¿por qué deseas que quiebre nuestra empresa? Nuestro negocio será próspero y dará mucho dinero. Las circunstancias ayudarán a que así sea.

Suspiraste y dijiste: Dahu, ¿desde cuándo tienes el talento de no preocuparme? Me he convertido en alcaldesa y hay gente que todavía me lleva en brazos, que te alza... Cuando no me había convertido en alcaldesa, era una mierda de perro apestosa...

Madre, ¿pero cómo alguien con tus habilidades como dirigente puede no convertirse tarde o temprano en alcaldesa? Si no te hubieras convertido en alcaldesa, habrías acabado siendo la gobernadora de la provincia. Retrocedió un paso y dijo: ... Y cuando ya no seas nada de eso, mi factoría de perlas se habrá convertido en una multinacional y no pararé de ganar dinero, madre. Es la felicidad lo que te espera...

De tu boca salieron insultos que fueron dirigidos a Dahu, pero a ti te gratificó hacerlo. Sentiste placer. Ese hijo, aunque no tuviese en realidad futuro, llenarte la boca de palabras dulces y mostrar una cara acogedora..., eso gusta a toda la gente y hubieras debido hacerlo, te dije apoyado en la pared.

Yo te dije además: Dahu es un chico bueno, por supuesto. Ha debido darte muchas alegrías a lo largo de tu vida... Si no hubiese tenido ese hijo, yo no habría llegado hasta aquí, me dijiste con los ojos rojos. Pero supe en ese momento que te habías puesto a

pensar en el largo camino repleto de sufrimientos que había sido la vida con tu hijo.

Cómo decirlo, Lin Lan, en este bajo mundo, nada ni nadie es perfecto.

Había en tu vida sentimental algunos remordimientos, pero el camino hasta llegar donde estás ahora fue un camino de rosas. El viejo alcalde estaba ya más días en el hospital que en su despacho. Al final del año debía producirse el cambio. El máximo puesto en la alcaldía de una ciudad-prefectura solo podía pertenecerte a ti, y, además, los líderes de la provincia te adoraban. Acababas de cumplir cuarenta años. Tu futuro no tenía límites. Mi palabra, como era de esperar, te satisfizo. La expresión de tu rostro me decía claramente que las cosas te iban a pedir de boca.

En esa época, Dahu aceptaba todo lo que decías con una sonrisita, mientras se desplazaba hacia su habitación. Tú ni siquiera te dabas cuenta de su decepción, te girabas de repente y le decías: ¿Piensas escaparte? Hoy por la tarde, me he quedado, sinceramente, como un gilipollas delante de ti. ¿A dónde voy a ir? ¡Pues a ninguna parte!

Madre, hay unos extranjeros que me están esperando en el restaurante para charlar.

¡No tienes otra mejor excusa!

Y justo en ese momento, alguien llamó a la puerta.

Dahu abrió la puerta de la entrada y anunció: Es el tío Ma.

Dahu, pequeñajo, he oído decir que te has convertido en el director de una empresa.

Ciego y confuso como está, tío Ma, usted puede venir. Mi madre ya se encargará de aclararle las ideas; siéntese, acompañe a mi madre y charle con ella... Yo tengo que hacer otras cosas.

Acompañó al tío Ma a la sala de estar y luego se fue como si estuviese pisando fango.

Tu cabeza se puso de repente a hervir. Por tu cabeza pasaron muchas cosas que habías vivido. Empleaste unos ojos de quisquillosa para tomarle la medida. Él también te miró con ojos de perdonador de vidas, ojos que querían hacerte frente. Pero dentro de tu corazón lo comprendiste: él no era tu adversario. Desde que

os conocí a los dos, tú eras su líder, tú le dirigías, pero también le protegías. Y por supuesto sus ojos, los ojos del tío Ma, se achicaron. Se le quedó colgando esa cara delgaducha y oscura, mirándose la punta de los pies.

¡Pensaba que no ibas a venir!

Cómo me atrevería, respondió, fueron órdenes de Su Excelencia la alcaldesa de la ciudad-prefectura. Cómo me hubiera atrevido a no venir.

Si es así, ¡puedes largarte ya! Te giraste y te fuiste a la cama, y le dejaste que se secara en la sala de estar.

Pero no abriste finalmente la puerta que te llevaba a los aposentos, sino que te sentaste junto al espejo y te pusiste a peinarte el cabello, a perfilarte las cejas y pintarte los labios; y así llenaste la habitación de luz de primavera, para que nada —absolutamente nada— quedase oculto a los ojos de un ser humano.

Desde el espejo pudiste ver la cara de circunstancias que ponía ese hombre; y tus labios flotantes esbozaron una sonrisa maliciosa. Abriste el cajón y sacaste unos pendientes de la cajita que acumulaba las perlas y otras joyas hechas con perlas. Te pusiste los pendientes en las orejas y ahí quedaron colgando; y luego quisiste ponerte un collar de perlas naturales, de esas que se hacen en el mar. Antes podías ponértelo sola, pero ahora necesitabas ayuda. Tu cabeza se calentó de golpe, esa cabeza que había vivido tantas cosas a lo largo de tu vida.

¡Eh, ven aquí un momento!...

Tenía la tez oscura, que se le emblanqueció por la luz que llenaba la habitación. Y por esa luz se le podía ver claramente la cara. El sudor caía por su frente como gotas de perlas deslizándose por la piel. Parecía negarme, a mí, que estaba apoyado en la pared, como si yo no estuviera ahí. Le temblaban los labios, apenas le salían las palabras, y dijo: Este..., este...

Yo le sonreí a él de manera deliberada y ambigua. Él podía comprender mis pensamientos y sabía que yo quería ayudarle pero no iba a hacerlo. Lo mismo con mis deseos de que fuera un tipo fuerte y decidido. Él comprendía exactamente mis palabras.

Te dejaba entrar. ¿Es que no lo oíste?

Tú medio actuabas, medio te dejabas llevar por los acontecimientos; y sin mover la cabeza, gritabas. Era esa voz tan sexualmente atractiva, la tuya, la que siempre me asustaba, a mí, la persona que te seguía durante las últimas décadas. Yo era igual que ellos, acostumbrado a verte con esos atuendos azules como el cielo para asistir a los encuentros; y por ello recibía con gusto tus modales y tu estilo. Tú tenías varios de esos atuendos azul cielo. Parecía como si ese color fuera tu favorito y lo hubieran escogido especialmente para ti. No había nadie en Nanjiang que no conociese a la alcaldesa vestida de azul, y no había uno solo entre ellos que no quedase impresionado ante tu manera de vestir, tu elegancia, y esos vestidos azules. Sin embargo, tú, hoy, pusiste una voz de mujer para hablar a ese hombre de mediana edad que había perdido a su esposa. Él era tu compañero de clase, y en esos momentos era el jefe del departamento de los procuradores de la Corte Suprema Popular en Nanjiang. Los dos podían hablarse de tú a tú, y sus destinos hubieran podido juntarse, pero al final sus caminos se bifurcaron. Él se puso de pie, a tus espaldas, y dijo:

Alcaldesa Lin, a sus órdenes.

¿Puedo llamarte «jefe del departamento Ma»? ¡El gran jefe del departamento Ma! ¡*Uau...!*

Molesto, se rascó el cuello y sonrió como si estuviese ante esa situación embarazosa.

Tú no respondiste; cogiste el collar y empezaste a manosearlo. Dijiste: Ayúdame.

Tú podías ver su cara a través del espejo, y ella podía ver vuestras dos caras en el mismo espejo. Sin perder un segundo, retiró la cara para que no la vieras.

Él alargó el collar y te ayudó a ponértelo, con torpeza, en el cuello. El olor a perfume que expelía tu cuerpo le ponía nervioso.

¿Era yo acaso un tigre?

Emitió un sonido y dijo: Das más miedo que un tigre.

¡Es verdad!

Apartaste su mano, y el collar cayó sobre tu cuello. Le miraste con tus ojos brillantes, y le preguntaste: ¿Cómo te ha ido?

Nada mal.

Y el gran tío Ma, ¿está bien?

Nada mal, también.

Suspiraste, y le dijiste: Tus patillas han emblanquecido.

Me he hecho viejo.

¿Más que yo?

Tú no has envejecido... Parece que estás todavía en la treintena...

Pero yo siempre he creído que eres un viejo y no creo que te esté diciendo algo nuevo...

Lo que te digo yo es sincero.

Y en estos años, ¿hay todavía alguien que sea sincero?

Tú le miraste.

Él dejó caer la cabeza.

Tus ganas de hablar se acabaron y volviste a suspirar.

Luego dijiste: Sal; ellos ya han llegado.

Los que entraron fueron Jin Dachuan —el jefe de la policía del departamento de Seguridad Pública de la ciudad-prefectura—; Qian Liangju —el jefe del departamento de Finanzas de la ciudad-prefectura—, y Li Gaochao —el director general de la Compañía de Construcciones y Viviendas de la ciudad-prefectura—. Todos ellos eran tus antiguos compañeros de clase.

Viejo Ma, compañero, a quien madruga, Dios le ayuda..., dijo Jin Dachuan.

¡Ja!... Sabes que los pobres de este mundo debemos hacerlo...

Alcaldesa Lin, ¡nos honras esta noche con tu presencia!, dijo Qian Liangju.

Esta noche solo somos compañeros de clase, no jefes ni directores. Quien rompa este principio deberá beber tres copas seguidas.

Telefoneaste, y enseguida vino un camarero vestido totalmente de blanco con una bandeja en la mano llena de comida.

Sin ganas de ir hasta la cocina, lanzó un grito desde el restaurante para pedir la comida. Por favor, compañeros, excusadme.

Y a la velocidad de un rayo, las mesas se llenaron con todo tipo de manjares y licores.

Nosotros, sentados, te rodeábamos, como las estrellas cercan la luna. A tu lado izquierdo se sentaba el tío Ma, y Jin Dachuan se había sentado a tu lado derecho.

Qian Liangju dijo: A la izquierda, el procurador de los tribunales; a la derecha, la policía. Se puede decir que tienes el brazo con su hombro; es decir, estás bien asistida...

Tú respondiste: Lo de la izquierda no es un hombro, ni lo de la derecha un brazo.

Jin Dachuan dijo: Yo deseaba convertirme en el pajarito que se cobija bajo tu ala.

Asqueroso, verdaderamente asqueroso, dijo Li Gaochao.

Eres como uno de esos seres con cabeza de buey y cara de caballo⁵, dijo Qian Liangju.

¡Para proteger a los antiguos compañeros de clase en su ascensión a lo más alto!, dijo Li Gaochao.

¡No me arrojes al infierno! ¿Vale?

Li Gaochao abrió una caja forrada de terciopelo azul, que era un cisne, y sacó un collar de perlas negras.

Qian Liangju sacó un pez exótico al que llaman «tigre-perla».

Jin Dachuan le regaló una chaquetilla de perlas⁶.

¡Eterna juventud para todos nosotros!... ¡Que nos proteja el dios de la Longevidad!

El tío Ma se quedó con la mirada perdida por un momento, se puso de pie y metió las manos en los bolsillos. De uno de ellos sacó un tirachinas hecho con madera de sauce blanca y unas tiras de piel rojas. Como quien está en una situación embarazosa, dijo: Olvidé traerte un regalo... Esto se lo hice a mi hijo... Ahora lo doy a los antiguos compañeros de clase...

Mi viejo Ma, eres como un gallo metálico con su cara de tonto, de esos juguetes para pasar el rato. ¿Qué tipo de regalo es este? ¿Le vas a dar a la alcaldesa Lin un tirachinas?

Tú cogiste el tirachinas, estiraste las cuerdas y apuntaste a la boca de Jin Dachuan; medio en broma, le dijiste: ¡Tú te callas de una vez! ¿Lo entiendes?

Jin Dachuan levantó las manos, como quien se rinde. Celoso, dijo: Siempre protegiéndole...

Tú siempre eras sincera con todo el mundo. Miraste al tío Ma y dijiste: Te lo agradezco, tío Ma. Este es el mejor regalo que me han hecho esta noche y el tesoro más valioso.

Esto es injusto, añadió Jin Dachuan en un tono de voz que sonaba a falso. El viejo Ma lo único que ha querido hacer es ahorrar dinero en tu regalo. ¡Y tiene mucho!

¿No me digas que los has olvidado?, dijo Qian Liangju, y se puso a pensar en los días del estadio, cuando hacían ejercicios físicos, y revoloteaban con los tirachinas. ¿Cuántas historias pasaron? Viejo Ma, compañero mío, seamos honestos. ¡Tenías más energía que todos y te encantaba llevar un tirachinas!

Soltaste las cintas de piel del tirachinas y, al hacerlo, se oyó un ruido que asustó a Qian Liangju, que cerró los ojos...

Habla, ¿quién lo ha hecho? El jefe de estudios del colegio, la bestia de la cara morada, utilizó una de sus manos para coger la bolita de barro de color gris y nos preguntó con un tono de voz severo. Todo el mundo miró esa cara que no hacía diferencias entre lo estaba bien y lo que estaba mal, y todos sintieron miedo. Por supuesto, «todo el mundo»... éramos yo y otros pocos; yo, este pequeño fantasma, cobarde y poco dado a la palabra. Hay gente que no sabe simplemente lo que es el miedo. El tirachinas..., o mejor dicho, la bolita de barro del tirachinas fue a parar al director del instituto de enseñanza secundaria del Sol —el señor Zhang—, y les era imposible sentir miedo por una sencilla razón: la bolita fue a parar exactamente a donde iba dirigida de forma intencionada. Ellos solo podían sentir exaltación y regocijo. ¿Cómo iban a sentir miedo? Solo estaban los otros, los que pensaban en su futuro..., los pequeños y cobardes fantasmas a los que les entraba miedo.

Se hacía siempre el silencio, y nosotros solo miramos rara vez la cara de la bestia de la cara morada y la frente del director del colegio; y también rara vez miramos a nuestro alrededor para ver a nuestros colegas porque no queríamos delatar la mano culpable que había lanzado la piedra con el tirachinas; y mis ojos

se dirigían de forma inconsciente a Jin Dachuan. Era el hijo de un alto oficial del ejército y uno de esos peces gordos que pululan por las altas esferas del Partido. Así que nadie podía soplarle en la oreja. ¿Quién se habría atrevido a mirarle en ese momento? Solo él podía haber sido capaz de enfrentarse a la bestia de la cara morada. Como era sabido por todos, había utilizado la goma de una rueda de avión para hacer las tiras elásticas del tirachinas. Había utilizado además metal e hilos de seda para confeccionar el aparato. Se podía afirmar que su tirachinas era una verdadera obra maestra entre los tirachinas que corrían por las clases. Jin Dachuan poseía el mejor tirachinas y el que más se hacía servir. Los que le proveían de chinas y bolitas de barro eran los gusanos pedorros Qian Liangju y Li Gaochao. Corría el rumor de que Jin Dachuan ya había matado a cuarenta y ocho gorriones y tres mochuelos. Pero Jin Dachuan ni se inmutaba. Tenía las manos sobre las rodillas y la mirada clavada al frente. Imperturbable y como si nada hubiese pasado. Simplemente, no había sido él quien lo había hecho. Mi mirada se desvió al tío Ma, que era un tipo listo y quería pasar por ello. Era un producto del Cielo, una obra maestra de artesanía celeste. En esa época toda la sociedad estaba militarizada. Todos éramos soldados. La canción que servía de himno a nuestra ciudad se llamaba «La juventud heroica», y esos jóvenes heroicos utilizaban el tirachinas. Luchábamos contra el espía Mei Jiang, que quería escapar de China continental. Queríamos atrapar a todos los espías que estaban en China y dejarlos totalmente ciegos, arrancarles las narices, fusilarlos y anunciarlo a todo el mundo. Queríamos capturarlos a todos, incluso a los que andaban sueltos por ahí. Así podía resumirse nuestra historia de estudiantes revolucionarios con el tirachinas en la mano cuando estábamos pasando nuestra educación primaria y secundaria. El tío Ma se giró como si se estuviera meando y quisiese salir corriendo. A mí me pasaba lo mismo cada vez que me ocurría algo. No podía estarme quieto un solo instante. Él también poseía un tirachinas que se había hecho famoso. Aun sin ser del nivel del tirachinas de Jin Dachuan, igual de duro y consistente, el suyo desempeñaba su labor a las mil maravillas. Era un

aparato bien hecho, ingenioso y bien pensado. Tenía incluso algo de femenino en su forma. Decían que algunas niñas de familias acomodadas utilizaban un tirachinas parecido y hubieran pagado mucho dinero por hacerse con el tirachinas del tío Ma. Pero él nunca lo vendía. El tío Ma había hecho su tirachinas con una rama de madera de sauce. Era la típica rama que se bifurcaba en dos partes. El tío Ma le puso, además, en los extremos, unos lazos rojos y unas bolitas de plástico transparente para darle más belleza al artilugio. Ese tirachinas era una verdadera obra de arte. Cuando lo utilizaba, parecía uno de esos dioses de la mitología griega con su arco. En las competiciones de tirachinas, él era el único que podía plantarle cara a Jin Dachuan. Una de las competiciones, era la bestia de la cara morada quien la presidía. La distancia era doce *mi*. La diana era el mazo que colgaba del reloj metálico del colegio que estaba sujetado a un árbol. El mazo era un poco más grande que el huevo de una paloma, y a doce metros, apenas se veía. Era un punto negro e indistinto que el viento borraba a su paso. Dar en esa diana no era tarea fácil. Para la competición, había además otros juguetes. No eran pistolas, ni arcos. No era nada reconocible físicamente, pero se trataba del talento, así como suena, y el tío Ma y Jin Dachuan lo poseían en abundancia. Tenían el sentido de la competición de los grandes atletas. La bestia de la cara morada les daba siempre el lazo blanco como recompensa a sus hazañas. Los dos querían siempre ganar. La bestia de la cara morada también era un fenómeno con el tirachinas. Por eso era el único que nos comprendía de verdad, y era él quien nos entrenaba. Examinó nuestros tirachinas —el de Jin Dachuan y el del tío Ma—, y dijo: Vosotros dos, cuando se trata de coger el toro por los cuernos, no hay que mostrarse modesto. ¿Vale? El primero ganará un cuaderno, y el segundo unas pelotas de ping-pong. Venga, ¡empezad!

Jin Dachuan fue el primero en empezar. Con la pierna derecha delante, y la izquierda detrás. Parecía un carácter chino puesto tras haber dado un paso. Con la mano izquierda como si estuviese sujetando el monte Taishan, y la derecha como sujetando un bebé. De su boca salió un soplido, acompañado de un sonido,

y la bolita salió volando... y la bolita dio en el mazo del reloj, y el mazo metálico salió disparado hacia el muro, y sonó ¡*dang!* El clamor se hizo instantáneamente entre las chicas que asistían a la competición. Las chicas siempre aclamaban a los chicos, y ese día no era la excepción, al igual que sucedía en el pasado. No había cambiado nada al respecto. El siguiente en tirar era el tío Ma; pero el tío Ma no era tan habilidoso como Jin Dachuan, ni tenía su instinto asesino. Aunque lo cierto era que cuando Jin Dachuan se cargaba de energías, el tío Ma ni se inmutaba, totalmente apático. Parecía que no habían comido en tres días, y ese tipo de vigor no desaparecía. El atlético y vigoroso —la bestia de la cara morada— sacudió la cabeza, expresando así su insatisfacción. El tío Ma también acertó en la diana, aunque su lanzamiento no fue ni tan bonito ni tan fuerte como el de Jin Dachuan; pero ambos dieron en el mazo metálico del reloj. Las chicas también le aclamaron con frenesí. En esa competición debían lanzar diez bolas a la diana. Jin Dachuan acertó nueve de las diez, y el tío Ma, ocho de las diez. Al acabar los diez lanzamientos de tirachinas, Jin Dachuan miró con arrogancia a su oponente. La cara del tío Ma estaba llena de sudor. No tenía muy buen aspecto. En su tez oscura asomaban espacios azules, y tenía los ojos hinchados; parecía que aún no había abierto los ojos. Temblaba todo su cuerpo como si le faltara apoyo interno. Todo el mundo pensó en los tres días que no había comido. Nosotros lo mirábamos con ojos llenos de compasión. Ansioso, el tío Ma tiró la última bola de barro al suelo. Lo mejor para él, en su estado, era tirar las bolas al suelo. No hubiera acertado nunca. El tío Ma se puso a vomitar. Primero vómitos normales, luego una pasta verde que parecía un zumo. Parecía que había comido saltamontes y los estaba sacando hechos un puré. Daba verdaderamente asco a quien lo veía. Pensamos para nuestros adentros: ¿habrá comido hierba? Y ahora está expeliendo los gusanos... En realidad, era odioso, y todas las chicas odiaban presenciar esas cosas. Solo estabas tú, y solo tú, Lin Lan, caminando detrás de él hasta cogerle de los hombros y levantarlo. Ahí estabas tú para sacarle de los vómitos que él mismo había echado. No sabíamos exactamente por qué lo hacías:

querías infectarte, o bien ver de cerca esos gusanos asquerosos. La bestia de la cara morada, con asco, dijo: Jin Dachuan, tú eres el campeón; y tú, Ma, has quedado segundo. Este es el resultado. Venid a mi despacho y os daré vuestro premio. Después de oír esas palabras, se fueron todos.

Mientras le acompañabas, tú también vomitaste; y ello fue el fruto de una reacción psicológica, nada grave, en realidad. Caminar junto con el que había perdido mostraba que poseías el sentido de la compasión, y, quizá, eras la única entre nosotros en tenerlo. Tu conducta nos llenó de admiración. Incluso Jin Dachuan dijo: Lin Lan, ¡eres extraordinaria! Dentro de dos días, antes de la clase, le llenas la boca con caramelitos de *ascari-dol* para que se recupere. Tú respondiste: Cada tres días, antes de la comida habrá que darle su medicamento asqueroso que huele a pescado. El tío Ma quiso decir algo, pero no pudo. Cada vez que lo intentaba tenía que llevarse la mano a la boca.

Vosotros no dijisteis que yo sabía quién lo había hecho. La bestia de la cara morada cogió la bolita de barro y se la metió en la boca. No os voy a perdonar lo que habéis hecho, le dijo al tío Ma. ¡Ni a vosotros tampoco!

La bestia de la cara morada se puso delante del director del instituto, el señor Zhang, y se curvó. Orgulloso, se disculpó: Señor Zhang, lo siento en el alma..., pero no se preocupe, este asunto lo voy a solucionar pronto y al delincuente lo vamos a encerrar..., afirmó, cogiendo del brazo al director Zhang, como queriendo ayudarlo a ponerse de pie.

El director Zhang se quitó de encima el brazo de la bestia de la cara morada y se sacudió la tierra del culo. Se puso a caminar lentamente y se alejó de la bestia de la cara morada. La expresión de su cara era la de un ser aterrorizado, y aún tenía sangre por todas partes. No parecía la cara de un ser humano. La bestia de la cara morada avanzó unos pasos, pero el director Zhang no tenía ganas de estar junto a él y se alejó lentamente todavía más. De hecho, sus posaderas habían caído en el barro y se había ensuciado. De veras que lo siento, le dijo la bestia de la cara morada. El director Zhang levantó las manos como si estuviese rindiéndose

y cerró la boca como si estuviese apretando dinero. Movía la cabeza de izquierda a derecha. Y se puso, de repente, a llorar como un niño. Sus llantos iban acompañados de gritos agudos y penetrantes, como los que podía proferir una niña. A nosotros se nos puso cara de tontos. Nadie podía creer que un adulto que además era el director del instituto pudiese llorar de esa manera. Nos sentamos, pasmados, al lado del quejicoso y lastimado director. Todos nosotros le mostrábamos compasión, pero, al mismo tiempo, le odiábamos. Más lloraba, más se quejaba. Todavía quedaba sangre sobre su cara alargada y escuchimizada; sangre que se mezclaba con las lágrimas y los mocos. Su aspecto nos dejaba muy intranquilos. El único que no se conmovía, ni se perturbaba, era la bestia de la cara morada. En esa época aún había varios grupos de escolares con sus estandartes que hacían ejercicios en los campos de entrenamiento. Había al mismo tiempo los líderes de las demarcaciones *xian*. Entre ellos, un hombre con el cabello encanecido y una cara roja reluciente que era tu padre, Lin Wansen, el jefe de uno de los *xian*⁷ de la comarca. En esos momentos, ninguno de nosotros sabía que se trataba de tu padre. Al cabo de medio año de iniciarse la Revolución Cultural, supimos que era tu padre. Había una decena de personas detrás de tu padre, todas ellas muy nerviosas y solemnes, y vestidas como hombres de negocios. La bestia de la cara morada se las quedó mirando y se le pusieron las piernas a moverse inmediatamente. Nos dio algunas instrucciones para que supiéramos cómo debíamos saludar al jefe del *xian*. Luego bajó la cabeza y soltó al señor Zhang. Pudimos oír cómo le decía al señor Zhang con voz lloricona: Director Zhang, le pido que se levante. ¿Salvamos el honor de nuestros pequeños hermanos? Los pequeños hermanos no tienen tu habilidad social, ni tu sentido de la humanidad. Sobre todo, vuestras habilidades sociales y vuestro sentido de la humanidad, todos ellos necesarios en estos tiempos, y cuando se asiste al instituto del Sol. ¿No es cierto? ¿No habrá que decirle al jefe de la prefectura que todo esto tiene solución? Mi cara no tiene buen aspecto. ¿Crees que sentado en el suelo puedo dar una imagen respetable? Vimos cómo la bestia de la cara morada le

limpiaba con un pañuelo la sangre, el barro y los mocos de la cara al director Zhang. El pañuelo se ensució completamente en un abrir y cerrar de ojos. ¡Te estaba buscando! Cruzaba las dos manos y saludaba a la antigua manera. El señor Zhang dejó finalmente de llorar, pero volvió a sentarse sobre el barro y puso cara de tonto. La bestia de la cara morada volvió a insistir y el director Zhang acabó levantándose del suelo.

Tu padre iba con su séquito y pasó vigorosamente delante de nosotros. Nosotros nos lo quedamos mirando, y la verdad fue que nos dejó un poco melancólicos: un hombre con el cabello blanco y la cara de huevo, que tenía la tez más roja que una manzana... ¿Cómo era posible todo ello? A la bestia de la cara morada se le dibujó una sonrisa en la cara. Pero mis ojos no se separaban de tu padre, que parecía mirar de reojo al director Zhang. La cara del director Zhang cambió de inmediato y se puso a sonreír. Esa sonrisa nos echó abajo, y ya no sentimos ninguna compasión hacia él.

Tu padre se detuvo y con el dedo índice señaló las cabras que estaban detrás de las redes medio rotas de la portería que había en el campo de fútbol. ¿Qué significa todo esto?

Tu padre señaló a la bestia de la cara morada y repitió: ¿Qué significa esto? Es un campo de fútbol, no es una tierra de pasto.

La bestia de la cara morada respondió: Son tal vez las cabras de los locales...

Rápido, que se vayan, dijo uno de los que acompañaban a tu padre.

Jin Dachuan, Qian Liangju..., vosotros dos, ¡sacad las cabras de ahí!, les dijo la bestia de la cara morada, alzando la voz.

Metido en los recuerdos del pasado, levanté la cabeza y vi sentados a Jin Dachuan, que tenía cuarenta y cuatro años, y a Qian Liangju. Habían pasado treinta años. Su aspecto había cambiado muchísimo, pero sus ojos seguían siendo los mismos. Esos ojos tenían algo de sombrío, uno no sabría decir si se trataba de los ojos del bandido o del héroe de una película. Con los

ojos pequeños de Qian Liangju ocurría algo parecido: no sabía si eran los ojos de un marrullero o de una persona inteligente. Uno era alto y el otro bajo, y durante aquellos días, los dos eran los gusanos apuestos con peor reputación del *xian* de Nanjiang. El apodo de Jin Dachuan era «lobo», y el de Qian Liangju, «cerdo». El lobo y el cerdo eran, a todas horas, inseparables. El lobo caminaba siempre delante y con malos modales; el cerdo era, sin embargo, un ejemplo de timidez y discreción cuando caminaba detrás. Nosotros creíamos que todos los asuntos que acababan siendo sabotados eran causados por el lobo, pero que todos los planes que acababan por arruinarse eran causados por el cerdo.

Jin Dachuan y Qian Liangju bajaron corriendo de los bancos del estadio, y sus ojos brillaban intensamente porque los dos jóvenes estaban agitadísimos. Qian Liangju se dirigió a la red de la portería y se dio de bruces contra ella, y Jin Dachuan espantó a las cabras. Las cabritas blancas dejaron de comer hierba, miraron con odio al lobo que se había acercado y empezaron a dar saltitos para ponerse a un lado. El cerdo las desató. El lobo, saltando con sus piernas, voló hacia el terreno polvoriento y barroso donde pacían las cabras y empezó a darles patadas. Varias cabras cayeron al suelo y quedaron sentadas sobre sus posaderas. Desorientadas y despavoridas, escaparon como pudieron del ataque del lobo.

A ojos de la gente, el lobo estaba chiflado, y ello siempre creaba tensiones en el seno de la comunidad de profesores y estudiantes. Jin Dachuan se había echado a sus hombros una reputación que no le ayudaba mucho a mantener una buena relación con los demás. Pero al mismo tiempo, todos sabían que era el más talentoso de todos nosotros. Parecía que la fuerza de la gravedad no ejercía sobre él con la misma fuerza que ejercía sobre los demás. Parecía además que ejercía una influencia poderosa sobre las fases de la luna, y no al revés, como suele suceder. Así fue como se puso a dar mil patadas a los culos de esas pobres y desdichadas cabras...

¡Tu X madre!, ese fue el grito de indignación que se oía desde los bancos y desde donde nosotros estábamos. Al mismo tiempo que se oían los insultos, uno de nuestros compañeros de clase —un tipo delgado y alto, y de tez oscura—, que era, por supuesto, el tío Ma, se paró de golpe. Estaba tan nervioso que no podía hacer nada, y, menos, saber qué camino tomar. Estuvo así un par de minutos y luego se abalanzó sobre el lobo tras pasar por encima de nuestras cabezas y nuestros hombros.

Jin Dachuan levantó la copa y la pasó por delante de los morros de Lin Lan hasta detenerla justo enfrente del tío Ma. Entre luces y sombras, y con un tono de voz extraño, dijo: Mis antiguos compañeros de clase, brindo por vosotros, y por la amistad que te une a ti a mi mujer..., *¡ganbei!*

Li Gaochao, con interés creciente, dijo: Mi viejo Jin, pero ¿qué quieres decir?

El tío Ma alzó la copa y dijo fríamente: ¡Compañeros en lucha, siempre!...

Lin Lan replicó: Pero ¿qué tramáis ahora?

Jin Dachuan respondió: No nos malentiendas. Mi esposa Niu Jin («la fortaleza del buey») —la instructora política del gran banyano del Ejército Popular de Liberación— se alió el año pasado con el gran procurador Ma para destruir juntos un gran caso judicial y, para destruirlo, las dos partes realizaron operaciones militares a larga distancia, es decir, como mejor se hace en China desde hace siglos...; y en un mes, casi no le he visto la cara...

Lin Lan respondió: ¡Pero ha sido por el trabajo! ¿No fue así?

Qian Liangju dijo: Escuchemos, escuchemos... El tono de los comentarios de la alcaldesa probaba que ella volvía a enva-lentonarse...

Jin Dachuan dijo: ¡Brindemos de nuevo!

Lin Lan replicó: Mi viejo Qian, eres un cerdo de los pies a la cabeza.

El tío Ma de esos días no estaba lo suficientemente bien alimentado y estaba en los huesos, pero era algo de lo que no le gustaba hablar con nadie. Cuando subió a los bancos del estadio, quizá porque estaba indignado, quizá porque había perdido la cabeza, perdía constantemente el equilibrio, y, en realidad, no había ninguna razón por la cual debiese tambalearse como lo hacía. Había un perro que se había cagado en el suelo y jugaba con sus mierdas. El perro tenía la cara llena de heces y hojas de hierba que se habían quedado enganchadas en ella, pero el tío Ma no le hacía ni caso y seguía a trompicones hacia las cabras y, sobre todo, hacia donde estaba el lobo.

Tío Ma, pero ¿qué pretendes hacer?, le gritó la bestia de la cara morada. A mí, sin embargo, me pareció que el tío Ma no había oído las palabras de la bestia de la cara morada. Todas sus fuerzas se habían concentrado en las cabras y en el lobo. Las patas del lobo pisaban las mierdas de las cabras, y las patadas que daba el lobo eran cada vez más fuertes. Los cuerpos de las cabras volaban en el espacio y acababan apiladas, la una encima de la otra, sobre la hierba, con las cuatro patas mirando al cielo. Entonces llegó el tío Ma y se echó encima del lobo. Era tal vez un suertudo, o tal vez era simplemente algo normal, como en los viejos ejercicios de gimnasia. Los dos dedos pulgares del tío Ma se incrustaron en las comisuras de la boca del lobo, y con los otros ocho dedos le apretaba las dos mejillas. Esa escena nos hizo sonreír. Nadie veía la cara del tío Ma, sino la de Jin Dachuan. Su cara estaba tan seria (y estirada) que ni siquiera parecía una cara humana. La fuerza del tío Ma era tan intensa que la boca de Jin Dachuan se había abierto hasta límites insospechados. Sus labios parecían las tiras de piel que hay en un tirachinas cuando están tensadas para lanzar la piedrecita. Los labios estaban blancos, sin el color rojo de la sangre en ellos. Sus dientes y sus encías quedaban a la vista de todos. Se le veían hasta las muelas. Podía estar gritando a lágrima viva o insultando a diestro y siniestro. Pero lo único que oíamos nosotros era un *riri...*, pronunciado todo ello con un acento grotesco. Parecía el típico gemido de quien está teniendo una pesadilla en medio de la noche. La nariz también

se le había achatado, y Jin Dachuan no podía abrir los ojos. Su cabeza miraba involuntariamente al cielo, tenía las manos suspendidas en el aire. Había perdido toda capacidad de resistencia. Parecía un muro ruinoso a punto de derrumbarse sobre la hierba. Incluso en el suelo, los dedos del tío Ma no se despegaban de la cara de Jin Dachuan, que seguía con el *riri*...

Ese incidente atrajo la mirada de seis estudiantes y varios profesores que estaban en el campo de entrenamiento. Los otros profesores y estudiantes no podían ver con claridad la lucha brillantemente ejecutada que se estaba produciendo detrás de la portería, pero ello no les impedía saber que una lucha con cabras era siempre más interesante que una competición de atletismo. Puesto que el incidente se produjo de forma bastante repentina, ninguno de nosotros tuvo tiempo de reaccionar, incluida la bestia de la cara morada. Tu padre señaló con el dedo lo que estaba sucediendo entre los dos estudiantes y le preguntó con un tono de voz severo a la bestia de la cara morada: ¿Qué significa todo esto? ¿Cómo puede haber una lucha aquí? La cara de la bestia morada se dirigió hacia ellos para separarlos como quien despierta de un sueño. ¿Os habéis vuelto locos o qué?, les gritó, y se dio cuenta, enseguida, de que Jin Dachuan había perdido toda capacidad de resistencia. Si quería separarlos, lo que debía hacer primero era retirar la mano del tío Ma. Le cogió del brazo, pero la mano del tío Ma seguía enganchada en la boca de Jin Dachuan. Entonces le dio una patada en el culo al tío Ma y le gritó: ¡Hijo de puta! ¡Quita la mano de ahí, ya! Pero el tío Ma no la soltaba. La bestia de la cara morada pensó que la única manera de hacerle entrar en razón era cortarle directamente la mano. Si antes eran dos personas peleándose, ahora eran tres. Tu padre, bastante enfadado, dijo: ¡Esta conducta es un deshonor! ¡Un auténtico deshonor! La bestia de la cara morada respiraba con dificultad, pero al final pudo separarlos. El tío Ma tenía los ojos azules, unos ojos que miraban fijamente a Jin Dachuan, porque ya no podía pegarle. Jin Dachuan tenía las dos esquinas de la boca ensangrentadas. En realidad, de boca ya no le quedaba nada y había perdido su forma original. Seguramente, desde que salió sin haber comido

del coño de su madre no había llorado tanto. Parecía que había sido atacado por una bestia salvaje. Pensó en el tío Ma y se dirigió a la bestia de la cara morada: ¡Me cago en todos vuestros ancestros! ¿Habéis acabado con vuestra faena o todavía no?

Tu padre se adelantó y preguntó de forma contundente: ¿De qué escuela sois vosotros? La bestia de la cara morada se enderezó y dijo avergonzado: Señor jefe de un *xian*, señor Lin..., le pido disculpas, de veras. Somos un «grupo»... Y tu padre contestó: ¿Un «grupo», dices? ¿Cómo es posible que un «grupo» haga ese tipo de cosas? Y vosotros dos, ¿por qué os peleabais de esa manera? ¿Queréis mataros? ¿Has visto cómo tienes la boca? ¿No sois «hermanos de clase»? ¿Cómo unos «hermanos de clase» pueden pelearse de esta manera? Y luego esas cabras... ¿Acaso no pertenecen también a vuestro «grupo»? Y tú, compañero de la escuela, ¡levanta la cabeza! El jefe del *xian* te pidió que levantarás la cabeza. ¿Es que no has oído?... La bestia de la cara morada le cogió la cabeza al tío Ma, y este le mostró al jefe del *xian* la cara que tenía.

Tu padre le tomó la medida a esa cara y, con precaución, preguntó: ¿Ma...? Y él miró a tu padre y dejó caer la cabeza. Tu padre dijo: Si eres ese mequetrefe... ¿Dónde está tu padre? Dile que quiero verle. Tu padre dio un vistazo a su entorno y se fue, pero al cabo de unos pasos, se giró y dijo: Mi Lan también está en este grupo y va al instituto con vosotros. ¿Es que no os habéis dado cuenta?

La bestia de la cara morada sacó a relucir el célebre y muy a la moda «cambio revolucionario» ante la actitud obstinada del tío Ma. La bestia de la cara morada dijo: ¿Son tuyas las cabras? ¿Cómo no lo has dicho antes? Si lo hubieras dicho antes, no habría pasado nada de esto. Vale, vale... Saca las cabras y llévalas a otro lado, donde estén tranquilas... Jin Dachuan respondió, jadeando: Señor encargado de nuestro grupo, ¿cómo está mi boca? La bestia de la cara morada respondió, perdiendo la paciencia: Qian Liangju, acompaña a Jin Dachuan al ambulatorio para que le pongan tintura de yodo roja en las heridas y se las desinfecten. Vuelve pronto.

Si no me equivoco..., Qian Liangju sonrió con sorna y añadió a lo que había dicho: Este es el tirachinas que el tío Ma le dio a Lin Lan.

Tú sonreíste, pero no dijiste nada.

Él volvió a rascarse el cuello, como de costumbre, y dijo: Lo había olvidado...

Tú alzaste la copa de vino y dijiste: Mis viejos compañeros de clase, venid, ¡brindemos por todo lo que hemos olvidado del pasado!

En efecto, lo habíamos olvidado todo, salvo ese tirachinas... —el tirachinas con las tiras rojas y las perlas de plástico incrustadas en él—, el cual, durante la competición de atletismo y otros deportes, atrajo las miradas de todas las jóvenes estudiantes.

Durante la tarde del segundo día, el día de los caramelos, después de la clase, sus compañeros salieron como una erupción repentina de agua. Tomando ventaja del hecho de que los otros no le prestaban atención, él cogió de repente un paquete envuelto en papel y lo introdujo en tu pecho. Luego, como un caballo, el joven Ma^s saltó hacia las plantas tropicales del género *croton* que poblaban los laterales de la calle, y llegó, como un loco, hasta el campo del estadio. Tú, excitada, abriste el regalo, y ahí apareció el tirachinas. Ese tesoro atrajo al instante las miradas de mujeres y hombres. ¡Oh, oh, oh!..., esa fue la expresión de sorpresa de las mujeres al verlo, pero ninguna de ellas se pronunciaba con palabras y preferían continuar con el ¡oh, oh, oh!...

Ese día, los presentes Ma, Li y Qian no sabían que Jin Dachuan también le había regalado a Lin Lan un tirachinas.

Era, por supuesto, el célebre tirachinas con el trípode bien sólido de Jin Dachuan; el mismo tirachinas que había acabado con la vida de tantos pajaritos y que había ayudado a Jin Dachuan a hacerse con los campeonatos. Para decirlo todo, era el tirachinas infinitamente inmoral que poseía Jin Dachuan. El momento y

el lugar que había elegido Jin Dachuan para darle a Lin Lan el tirachinas habían estado muy bien pensados. En el camino pavimentado que iba a los lavabos de los chicos y las chicas de la escuela había un largo porche con columnas de cemento que lo cubrían. Sobre ese porche colgaban la *glicina* china, que es una planta típica de las provincias del sur de China, y varias parras de uva. Con sus ramas y sus hojas, esas plantas ofrecían un espectáculo exuberante. Los frutos y las flores se amontonaban los unos junto a las otras. Ahí, bajo ese porche, era donde tú y Jin Dachuan os veáis tantas veces. Miraste sus ojos, que no paraban de pestañear, esos ojos diferentes y tan honorables que se elevaban por encima de la media. Pero odiabas, en cambio, esa barbita y ese bigote escaso que le brillaban siempre a Jin Dachuan. Tú, en privado, les decías a tus compañeros que él llevaba la vida de un pequeño gánster. Pero fue él quien te puso en el camino bajo el techo de ese porche alargado y lleno de bellas plantas. ¿Qué pensabas hacer? Tú le mirabas de cerca sin tenerle miedo, y su cara alargada enrojecía. Entre risitas, dijo: Yo..., yo...; y tú le paraste con una interjección desdeñosa y le empujabas a un lado. Hablabas siempre a destellos súbitos y abruptos, y tensa, le cogías de la manga. ¿Qué pensabas hacer? ¿Querías jugar con el gánster?... Lin Lan, pensaba darte el tirachinas... Sacó el tirachinas del bolsillo y te lo puso en la mano, pero tú le pusiste la mano detrás de su cuerpo y le dijiste fríamente: Gracias por tu buena intención, pero ya tengo uno. Al acabar de decir esas palabras, parecías un niño que había soplado un silbato. Te fuiste tambaleándote y dejaste el porche de las plantas. Unos pasos después, te giraste y miraste al porche. Jin Dachuan seguía ahí, ausente, con cara de estúpido, como una columna más del porche.

Ahora, Jin Dachuan pensaba en esos recuerdos apilados, en esas caras que habían pasado por su vida durante todos esos años. Tú chocaste tu copa con la suya, y dándole un significado profundo a ese gesto, dijiste: Viejos compañeros de clase, uno debería separarse de sus enemigos, ¡y no atarse a ellos!

Jin Dachuan se bebió de un sorbo lo que quedaba en la copa y se limpió la boca con la servilleta de papel.

La bestia de la cara morada dijo: Qian Liangju, ¿no te había dicho que llevases a Jin Dachuan al ambulatorio? ¿Qué coño haces aquí parado? Jin Dachuan tenía la boca llena de sangre y, mordiéndose los labios, dijo: Tú que te apellidas Ma, ¡y el odio que me has mostrado hoy hacia mí no lo venga ni el mismísimo Laozi! El tío Ma, agachado en el suelo, acariciaba las cabras que habían sufrido la ira de Jin Dachuan. El tío Ma tenía los ojos quebrados con ríos de sangre y parecía no haber oído las palabras de Jin Dachuan. La bestia de la cara morada dijo: Todavía usted, el señorito Ma..., ¿es que no había dicho de sacar las cabras de aquí? Cuando haya acabado la competición, moved el culo porque quiero que dejéis esto despejado. El tío Ma se puso de pie, cogió una cuerda larguísima y se la ató al brazo —parecía un marinero—. Miró con desafío a Jin Dachuan y Qian Liangju, se llevó las cabras para meterlas detrás de una verja y dejó lentamente el campo central del pequeño estadio, donde se iba a producir la competición. Los profesores y estudiantes del otro instituto se fijaron en él y en las cabras. Todos sentían algo de curiosidad y pesadumbre con lo que estaban presenciando.

Tu padre pronunció brevemente algunas palabras, y la primera competición deportiva para estudiantes de enseñanza media del *xian* de Nanjiang había comenzado, pero en el campo central, la mayoría no se había enterado todavía. Si tu padre había venido, era en parte por ti, y así lo pensábamos todos. Nadie creía que el jefe del *xian* estaba ahí por la competición de estudiantes de instituto de enseñanza media. De hecho, tú ibas a participar en la prueba de ochocientos metros lisos en la modalidad femenina. Llevabas unos pantalones cortos para hacer deporte de color azul y un par de zapatillas deportivas de color blanco. Antes de que empezase la competición, tus piernas parecían más largas que las de tus compañeros de instituto. Tu padre estaba sentado en la tribuna reservada a los espectadores selectos, justo al lado del

director del departamento de Educación. ¿Acaso no la ves? ¡Esa que tiene las piernas más largas es mi hija! La cara de tu padre se llenó de orgullo. El jefe del departamento de Educación dijo en voz alta: La veo, la veo... Sí que es alta... ¡y destaca entre todos!

La competición había comenzado hacía ya unos minutos. Qian Liangju regresaba con Jin Dachuan. Nosotros observamos la boca roja, rojísima por todas partes, llena de ese yodo rojo que lo mancha todo, y no pudimos retener las risas. Cuando los hombres ríen, pueden dejar de hacerlo, pero cuando lo hacen las mujeres, son incapaces de parar. La bestia de la cara morada nos instruía siempre: ¿De qué os reís? ¿Hay algo de lo que podáis reiros? ¡Prohibido reír! Pero cuando vio la boca de Jin Dachuan no pudo impedir echar unas carcajadas.

Jin Dachuan, indignado, se quedó de pie y nos insultó: ¡La madre que os parió!, y al acabar con los insultos, se separó de todos nosotros con la intención de irse. La bestia de la cara morada lo paró de golpe y le dijo: Tú tienes que participar todavía en la competición. ¿Cómo que te vas? El instituto del Sol te necesita para que ganes la carrera de los cien metros. ¡Queremos la medalla de oro!

Jin Dachuan replicó: ¿Y no puede tu puta madre ganar la carrera de los cien metros?

La bestia de la cara morada respondió: Tú, Jin Dachuan, ¿cómo puedes ser así? ¿Te crees que porque te han destrozado la cara te vas a librar de correr o qué? ¿Te has ofendido? Vale, vale, pues vete. ¡Vete y no regreses más!

En ese momento apareció el humo: la carrera de ochocientos metros libres para mujeres había comenzado.

Y ya desde el inicio de la carrera, tú las dejaste a todas detrás de ti, a la cola. Tus largas piernas te daban una gran ventaja. Tenías el culito tenso, subido, y nadie podía verte la cola. Saltabas hacia delante, y nosotros te animábamos incluso con la garganta: ¡Vamos, Lin Lan, un esfuerzo más! ¡Vamos, Lin Lan, un esfuerzo más! Incluso Jin Dachuan se unió a nosotros en nuestros gritos. Tu padre se había puesto de pie en la tribuna, con la boca abierta, y no le salían las palabras.

Después de la primera vuelta, empezó la segunda. Llegaste la primera a la meta. Les habías sacado varios metros a las otras estudiantes. Te convertiste en la campeona de ochocientos metros de la primera competición de atletismo para estudiantes de institutos de enseñanza secundaria del *xian* de Nanjiang, y lo hiciste sin esfuerzo. ¡Batiste encima el récord de la provincia! Se oyeron aplausos en la tribuna. Incluso a nosotros, los estudiantes del instituto del Sol, nos aplaudían a rabiar. En tus recuerdos, no solo eras el más arrogante de ese grupo, sino que eras el más arrogante de todos los estudiantes que pululaban por los institutos de enseñanza secundaria del *xian* de Nanjiang. La bestia de la cara morada dijo, excitado, ante los presentes en el campo central: Compañeros de clase, ¡debemos aprender de Lin Lan y su espíritu de lucha! Él, mirando a Jin Dachuan, dijo: Jin Dachuan, mira lo que es tuyo. La mula y el caballo deben dejar el estadio ya... ¡No continuéis con vuestra lucha! ¿Oís? El dolor puede convertirse en fuerza y poder; la cólera puede convertirse en fuerza y poder; el amor también puede convertirse en fuerza y poder. Jin Dachuan se revitalizó de golpe y entró en las pistas de atletismo como un caballo impetuoso que se lanza en el campo de batalla hacia el enemigo. Obtuvo un resultado bueno: once segundos y nueve décimas, pero se quedó a un segundo del récord de la provincia, aunque eso no impidió que ese niño grande con la cara llena de sangre y yodo rojo se convirtiera en el héroe local. Nosotros le aclamamos con pasión. Nuestra arrogancia no solo le daba color a la suya, sino que la limpiaba de toda impureza. Tu padre, muy excitado, dijo desde la tribuna: Excelente entrenamiento, sí, excelente entrenamiento. El ejercicio físico es una obra de arte, y además... ¡emociona a la gente!

Pensé: si no hubiera sido porque, poco después, en 1966, estalló con todo su furor la Gran Revolución Cultural, tú y Jin Dachuan habríais subido, paso a paso, pero con gran rapidez y directamente, a los Reinos de la Gloria. Pero, por supuesto, porque pasó lo que pasó, no se produjo esa historia. Si se hubiera

producido, tampoco se habría hecho la cena de cumpleaños de ese día que te dedicaron a ti, Lin Lan.

Con la cara que apestaba a vino, Jin Dachuan dijo: Si no hubiera sido por la Gran Revolución Cultural, mi esposa (mi *laopo*) habría podido apellidarse Lin.

Qian Liangju miró tu cara porque quería saber en qué había cambiado exactamente y dijo: Mi viejo Jin, compañero, te has emborrachado...

Jin Dachuan respondió: Mi cuerpo se ha emborrachado, pero no mi corazón.

Li Gaochao dijo: Borracho, borracho...

El tío Ma se puso de pie y dijo: ¡Con vuestro permiso, me largo!

Qian y Li también se pusieron de pie: Nosotros también nos vamos. Dejemos que la alcaldesa Lin Lan descanse un rato.

Lin Lan repuso: Vosotros os podéis ir, pero el tío Ma se queda aquí. Tengo que decirte algo...

El tío Ma contestó: Mi hijo me está esperando en casa... Lo siento...

Lin Lan abrió las manos y dijo: Pues vete, entonces...; yo me despido de todos vosotros.

Te quedaste sola, con las dos manos en las mejillas y mirando las lágrimas rojas que chorreaban de la vela. Dijiste: Dahu, ¿qué están haciendo ellos?

Capítulo III

A LOS DOS LADOS DE LA GRAN PUERTA había dos niños con rasgos faciales delicados que hacían de sirvientes. Vestían con un uniforme blanco decorado con borlas doradas hechas con hilos largos de seda que caían sobre los hombros. Llevaban un sombrerito redondo con la forma de un barril sobre el cual colgaba otra borla peluda, pero esta vez de color rojo. Ese atuendo dejaba a los niños con la impresión de que eran mariscales de algún ejército antiguo, o como soldados engalanados de un ejército triunfante, o, simplemente, como animales de un circo a punto de salir a la arena. Detrás de los niños, sobre el cristal que servía de pantalla en la puerta, e igual que el de una joven bien rechoncha y como uno de esos budines rojos embutidos con carne de cerdo que llaman *saveloy*, había un culo aplastado y pegado que daba la bienvenida a los invitados.

Dahu tiró la moto a un lado y empezó a correr y jadear sobre el tapiz rojo que cubría el caminito de escaleras que conducía a la casa. Los dos niños que hacían de sirvientes se inclinaron al verlo y esbozaron una sonrisa. Con las dos manos —que eran cuatro—, le hicieron el saludo de rigor al hijo de Lin Lan. Dahu miró con curiosidad el uniforme que llevaban los niños y les preguntó: *Uau, uau...* ¿Pero de dónde habéis sacado esos uniformes?

Las caras que había en la puerta sonrieron, pero ninguno de los niños ni sirvientes contestó a Dahu.

Dahu dijo, enfadado: ¿No habéis oído? ¡Os he hecho una pregunta!

Los niños de la puerta volvieron a inclinarse ante Dahu y volvieron a hacer el saludo con las manos, pero esta vez le invitaron a que entrase en la casa.

A Dahu le enfurecieron esas sonrisas frías y rituales y se puso a insultarles: Vuestra madre es una perra; sois unos monos con sombrero; no sois hombres, sino adornos, puros adornos.

Uno de los niños de la puerta —uno de los niños al que Dahu había quitado de un manotazo el gorrito—, dijo amedrentado y con lastimera voz de niño: Señor, ¿en qué se basa usted para querer pegarme?

Dahu sonrió: Tú todavía no me has respondido. Yo sigo creyendo que han puesto a dos mudos medio tontos en la puerta principal de esta casa.

Mientras decía eso, el niño que se había quedado sin gorrito salió corriendo escaleras abajo para escapar de esa situación embarazosa, pero sus pies resbalaron y cayó al suelo, donde rodó unos metros. El gorrito cilíndrico también salió rodando. Su uniforme blanco quedó totalmente sucio debido al barro y el agua que había en el suelo. El niño mostró los dientes y puso cara de circunstancias. La elegancia falsa y negligente que pretendía imitar había desaparecido del todo. Dahu no pudo retenerse y se puso a reír. Le cogió el gorrito al otro niño, que se había quedado en la puerta, y se lo puso en la cabeza. Pavoneándose, se fue a la sala que quedaba frente al restaurante. Los dos niños de la puerta le siguieron detrás y uno de ellos le suplicaba: Señor, señor, devuélvame el gorrito...

¿Todavía me venís con esas?, dijo, encrespado, Dahu. ¡Regreso a casa porque me estoy meando! ¿Lo habéis oído?

Oh..., dijo Lin, una chica alta, de boca negra y ojos azules, que vestía con una falda negra y que había venido a darle a Dahu la bienvenida. Le cogió calurosamente a Dahu la mano y le dijo: La *jiejie* (la hermana mayor), ¿te ha ofendido en algo? ¿Cómo

puede ser que incluso la sombra de una persona escape a mis ojos? Y mientras le decía eso, ella le quitó el gorrito de la cabeza y se lo dio a los niños de la puerta. Los niños se inclinaron y se fueron corriendo.

Dahu dijo: ¡Ah!... ¿Cómo has podido quitarme el gorrito?

La mujer le dijo de forma íntima y tras cogerle la mano: Nos hemos convertido todos en directores generales. ¡Ah, y esos son tan traviosos!...

Dahu, el gran tigre, respondió: Sigo pensando que esos dos niños están mudos y son medio tontos. No creo que sean capaces de pronunciar una sola palabra.

La mujer replicó: Tú, el gran director de la compañía, peleándote con esos monos... Pero ¿desde cuándo se ha visto esto? ¿Es que no lo has visto? Ni siquiera podían mirarte a los ojos. ¡Tu *jiejie* les ha preparado ya la comida!

Dahu dijo: No, no es eso... Vi cómo iban disfrazados y me hizo gracia. Lo hice expresamente y quise divertirme con ellos. Si les has frito los calamares, ¿dónde les vas a dejar que se los coman?

La mujer repuso: No sabía que tenías el corazón de un *bodhisattva*...

Dahu dijo: Lo que dices puede ser cierto. Soy un corazón blando desde que era un niño. Soy incapaz de hacer sufrir a la gente. Las películas y las series de televisión me hacen llorar siempre. ¿No te lo crees?

La mujer dijo: Por supuesto que suena convincente, pero no creo una palabra de lo que dices. En este mundo, ¿se puede creer a alguien?

Dahu replicó: ¡Gran hermana Tian, tú me conoces bien!

La hermana respondió: Vale, vete, rápido. ¡El que ayuda a tus hermanos pequeños te está esperando!

Los dos entraron en un pasillo bastante tranquilo que estaba cubierto con un tapiz rojo. Las paredes de los dos lados estaban llenas de pinturas *shan-shui* —que son las pinturas chinas de los paisajes compuestos de montañas y ríos— y alisadas con estuco veneciano. En las paredes había unas luces que no alumbraban demasiado y recordaban a las estrellas en el cielo.

Dahu dijo: Hacía tiempo que no pasaba por aquí. ¡Tú lo has cambiado totalmente!

La mujer pinchó a Dahu, y, mordiéndose los labios, le confesó: Ah, mi compañero, tú, que tienes el corazón que parece salido de un funeral... ¡Hacía medio año que no ponía los pies en esta casa!

Dahu preguntó: ¿Cuánto hacía que no pasabas por aquí?

La mujer dijo, de repente y de manera bastante cruda: Tú eres un gilipollas de los pies a la cabeza... Sí, ¡un gilipollas!

Dahu sonrió y dijo: Gran hermana Tian, ¿no puedes hablar de otra manera? ¡No es para eso que he venido!

La mujer dijo: Bueno, el compañero del «quítate los pantalones y acuéstate en la cama», o del «traje el pantalón antiporno-grafia» acaba de enfadarme...

Dahu dijo: Vuestro cerebro se ha diluido en el agua de la lluvia. ¿Hay alguien que no sepa que la gran hermana Tian puede «subir al noveno Cielo y coger la Luna, si lo desea, y bajar al fondo de los océanos y coger las tortugas»? Ellos te han cambiado de posición. ¿No es acaso la expresión «las cicatrices de los ojos se reflejan en el espejo, y por ello, uno se encuentra feo» que va ahora contigo? En otras palabras, que uno se ve a sí mismo deshonesto después de todo, como una mierda, vaya.

La mujer dijo: El punto crucial, aquí, es que nosotros, incluido tú, seamos conscientes de que se trata de un negocio. Nadie se mete en asuntos ilegales, ni nadie rompe las reglas establecidas. Los cuerpos derechos no temen las sombras torcidas. ¿No es así? He sufrido durante tres meses. ¿Cómo?... Pues, a pesar de todo, yo sigo siendo yo. Quien me ha cerrado las puertas... ¡me las ha abierto!

Dahu contestó: Vale, vale, de Nanjiang a Beijing, ¿quién no conoce el «viento primaveral» (el estilo) de la gran hermana Tian?

La mujer dijo: Yo ya le hablé a la alcaldesa Lin. La ciudad-prefectura de Nanjiang se parece a uno de esos restaurantes disciplinados que cumplen al pie de la letra todas las regulaciones que marca la ley. Solo tenemos una unidad, y ninguna

sucursal... Si nos conceden todos los restaurantes distinguidos, veo que deberían, incluso, concedernos el gobierno municipal con el puesto de secretario general¹⁰ del comité municipal del Partido.

Dahu preguntó: ¿Y qué dice mi madre?

La mujer respondió: Tu madre me protege, por supuesto. ¡Yo pago cada año al gobierno, en impuestos, tres millones de yuanes!

Llegaron los dos al final del pasillo, donde se encontraron frente a uno de esos espejos que deforman las caras. Dahu retiró bruscamente la cabeza, ya que se asustó al ver las dos caras de monstruo que aparecían reflejadas en el espejo. ¡La madre que me parió! Pero ¿quién es ese monstruo? Él se vio a sí mismo reflejado en el espejo, y se vio como uno de esos cántaros de arcilla que guardan vino u otros licores, pero de enormes dimensiones. La mujer que estaba a su lado —que era delgada y alta—, también se había convertido, al igual que él, en un cántaro de vino. La mujer que se veía reflejada en el espejo —una mujer bajita, de boca negra y voz de niña— reía sin poder controlarse y dijo: Hermanito mío, tu *jiejie*, tu hermana mayor, ¿no tiene algo de maravilloso y misterioso cuando piensa?

Dahu dijo: No solo tienes pensamientos maravillosos y misteriosos, sino que tienes ideas fantásticas, totalmente irreales...

La mujer dijo: Yo permito a toda la gente que viene hasta mí que sepa cuál es mi verdadera apariencia. Tú te crees que eres extraordinario... y, en realidad, das ganas de reír. La verdad es que esta sociedad es como esos espejos que deforman las caras de quienes se ven reflejados en ellos como si estuvieran sonriendo con grandes sonrisas.

Dahu dijo: Gran hermana Tian, tú y tus pensamientos... Deberían hacerte la gobernadora de la provincia¹¹...

La mujer dijo: ¿Y qué hace un gobernador de la provincia? Hermanito, tu hermana tiene una imperfección, y la tiene desde que nació, en su cuerpo... Tu hermana mayor, si no es una chica, ¿qué crees que puede ser? Pues un chico..., entonces...

Ella movió a cabeza, pensativa, y dejó la frase que quería decir a medias.

Dahu dijo: Hermana, tú puedes permitirte el serlo, si lo deseas... Abre ese gran restaurante que tanto deseas. Las cuentas grandes siempre traen grandes beneficios. ¿En qué piensas todavía?

La mujer respondió: Si lo comparamos con lo de tu madre, pues a mí no es que me vayan las cosas a pedir de boca...

Dahu replicó: ¿Qué hace mi madre? ¡Qué estúpida eres! Todos esos individuos que se convierten en alcaldes y gobernadores, o secretarios del comité del Partido, acaban yendo de pesca, y lo hacen desde el principio. ¿Lo entiendes? Y tanto si el Partido Comunista se mantiene de pie como si se viene abajo, esos individuos cambian de cuerpo y se convierten de la noche a la mañana en capitalistas.

La mujer dijo: «Un letrado que ha estado ausente durante tres días debe verse luego, cuando aparece, con otros ojos»¹²; o lo que es lo mismo, esto sí que es ver a un hombre que ha cambiado para mejor... Creía que tú solo sabías hacer ruido..., no sabía que también pensaras...

Dahu dijo: Yo también progreso...

La mujer dijo: Esto que acabas de decir, ¿quién te lo ha enseñado?

Dahu contestó: Nadie; ha salido directamente de mi cabeza.

La mujer sonrió: Si piensas así, entonces tú no eres Lin Dahu.

La mujer apretó los botones oscuros de la pared, y el espejo de las sonrisas grotescas se puso, sin hacer el menor ruido, a un lado. La luna llena se reflejó en la superficie de otra puerta secreta («la puerta de la Luna», así se llamaba) que también estaba cubierta por un espejo de grandes dimensiones. La mujer dijo: Vaya, ese espejo no es la cueva de los inmortales, donde uno está a salvo de las contingencias de este mundo.

Dahu se sorprendió gratamente y, chillando, como el sonido del viento, dijo: Esto es simplemente como en una novela de artes marciales. ¡Esto es simplemente algo que solo le puede pasar a Di Xiadang¹³!...

La mujer le empujó y le replicó: No chilles, y acompáñame...

Dahu se limitó a seguir a la mujer, encorvados los dos, hasta la puerta donde estaba reflejada la luna. La mujer apretó otro

botón y el mecanismo del espejo cambió la dirección de la pantalla y la puerta se abrió.

Dentro de ese pasillo (otro más) había varias lámparas que lo iluminaban todo. La alfombra que cubría el pasillo estaba cubierta de hilos gruesos que parecían pelos, y las paredes estaban cubiertas con cuadros de mujeres gordas que se estaban bañando desnudas. Todo ello como los personajes femeninos que aparecen en las películas pornográficas. Había a los dos lados del pasillo algunas estatuas que imitaban las estatuas europeas antiguas. Al pasar por ahí, los invitados pensaban estar siendo recibidos en una recepción oficial hecha exclusivamente en su honor. Cuando llegaron al final del pasillo, la mujer dijo: Hermano, este es mi nuevo «espacio», totalmente amueblado, de alto estándar; no es para mis mejores amigos y familiares que más quiero. A ellos nos los voy a poner aquí aunque me hagan sentar en la montaña de oro y la colina de plata.

A Dahu se le pusieron los ojitos redondos y solo veía a las mujeres desnudas que había en las paredes. No encontraba la puerta de la habitación y preguntó, ansioso: ¿Dónde está tu «espacio»? ¿Dónde?

La mujer le paró deliberadamente y le dijo: Lejos en un lado del cielo, cerca delante de los ojos.

Dahu tocó la pared con las manos y la golpeó con los pies, buscando el botón de la siguiente puerta móvil que había en esa casa.

¡Idiota! ¿Estás ciego o qué?, le gritó la mujer. Había la estatua de bronce de una mujer desnuda, y la mujer Tian le dijo a Dahu: ¿No lo has visto?

Dahu tocó cuidadosamente la estatua, buscando dónde podía estar la manivela, pero no la encontró.

La mujer agarró los pechos relucientes y desnudos de la mujer de la estatua de bronce y dijo: Morder los pezones con la boca... ¿No has aprendido cómo chuparlos, querido?

Las palabras de la mujer no tenían desperdicio. La puerta secreta de la Ilusión (la anterior era la de la Luna), la cual estaba incrustada en una de las paredes, se abrió de forma cómica,

y los dos entraron en una habitación imponente, bellísima y espectacular. Así apareció ante los ojos de Dahú. Y una banda de sinvergüenzas —la banda de Lin Dahú, el hijo de Lin Lan y el nieto de Lin Wansen— apareció, de pie y aplaudiendo a rabiar: ¡Bienvenido, bienvenido!

Cuatro chicas vestían con pantalones cortos de color verde esmeralda y llevaban en el cuello una flor enganchada. En la cintura les colgaba la insignia redonda y colorida de la hermana D. Esa insignia era como una cinta y les colgaba como si fuera una cola. Como estrellas pestañeando junto a la luna, se pusieron todas alrededor de Lin Dahú, al que habían sentado en el sofá. Parecían pequeñas zorras rodeando al gran tigre. Había algunas que le ayudaban a limpiarse el sudor, otras le ofrecían té, otras le daban golpecitos en la espalda... Estas, que no sabían qué hacer, tensas como estaban, le susurraban la palabra *gege* (el hermano mayor) al oído. Dahú se sentía acosado por ellas y con algo de asco, les dijo: Vale, vale..., *meimei* (la hermana pequeña) —sí, vosotras, todas...—, dejad que vuestro hermano mayor tome un poco de aire y se fume un cigarrillo... Las hermanas pequeñas sacaron de los bolsillos de sus pantalones cortos un mechero y lo encendieron. Una de ellas lo acercó a la boca de Dahú y le encendió el cigarrillo.

También estaban Li Sanhu (cuyo nombre quiere decir «el tercer tigre») y Qian Er'hu («el segundo tigre»). El tercer tigre le dijo al segundo tigre: Hermano segundo, ¿no has visto todas las cosas buenas que le están predestinadas al gran hermano Dahú? ¡*Uau!*... Antes de que llegara el gran hermano, esas cuatro hermanitas estaban sentadas en el sofá tan tranquilas, como pequeños gorriones en su nido. Dahú ni siquiera nos ha visto. Pero, cuando entró, todas esas *meimei* se han avivado como pájaros que van a ser alimentados por la madre.

Er'hu dijo: El gran hermano es el gran hermano; y lo que no es igual, no es igual. La gente, como toda la gente, debe morir; y el dinero, como todo el dinero, acaba tirándose. Esta filosofía de la vida, ¿no ha sido el segundo hermano quien te la ha enseñado personalmente?

Todos oyeron cómo hablaban y se divertían ellos. Todo lo que decían acababa en risas.

Dahu dio una calada al cigarrillo y dijo: ¿Cómo puede ser? ¿Todavía no habéis empezado el banquete?

Qian Er'hu respondió: Si el gran hermano no está, ¿cómo vamos a atrevernos a empezar?

Dahu dijo: A estas alturas, siendo todos miembros de la familia, ¿a qué viene tanto miramiento? ¡Empezad a comer ya!

A divertirse todos, dijo la mujer de los labios negros.

¿Cómo? ¿La gran hermana Tian no se une a nosotros?, dijo Er'hu.

Os pido disculpas a todos los invitados, pero tengo que atender una llamada. Me uno luego a vosotros.

Ella levantó la mano y se despidió primero del gran hermano Dahu y luego de los otros. Cuando se iba, se giró de golpe y le dijo a la *jie D*: ¡Sirveles bien!

La *jie D*, con voz de pajarito asustado, le contestó: ¡*Jiejie Tian*, vete tranquila!

La hermana Tian desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y la puerta, tras ella, se cerró inmediatamente. Dahu parecía uno de esos cuadros que abren las manos cuando se ponen a hablar y, fríamente, dijo: ¡Compañeros, empecemos de una vez por todas!

Dahu fue el primero en sentarse en la mesa para comer. Qian Er'hu, Li Sanhu y Lu Miantun —«rey de los grillos»— se sentaron el uno enfrente y los otros dos a los dos lados. Las cuatro hermanas de la *jie D* (las cuatro *jie D*) se pusieron en medio. Dahu los vio a todos. La mesa era grande y redonda. En medio de la mesa pusieron un mantel rojo con algunas servilletas. Más que una mesa, parecía una cama cubierta con una sábana y una manta. En la mesa no había platos (ni grandes ni pequeños), pero sí que había cuchillos, tenedores, cucharas (pequeñas, medianas y grandes) y palillos. Dos pequeñas hermanas se pusieron a servir y llenaron las copas con aguardiente de sorgo, vino y cerveza. Dahu, que no comprendía lo que estaba pasando, preguntó: ¿Y la comida? ¿Dónde está la comida? Al menos nos han dado algo de beber.

Las pequeñas hermanas que hacían de sirvientas sonrieron y no dijeron nada. La *jie D* también se contuvo y sonrió. Er'hu sonrió y dijo: Hermano mayor, tranquilícese usted...; es el rey de los grillos quien nos invita... ¿Cómo iba a dejar al gran hermano sin comer?

El rey de los grillos gritó, tartamudeando: ¡La comida, la comida! ¡Que traigan la comida!

Una de las sirvientas hizo sonar una campanilla electrónica, y se abrió una puertecilla que quedaba justo delante de Dahu. Se oyó una musiquilla agradable y se expandió violentamente una niebla blanca. Parecía una nube blanca, o más bien una ola de espuma blanca en medio del mar, que salía de la puertecilla. Dahu, excitado, lanzó un grito. Salió de la puerta una mujer con tacones altos y cubierta con una gasa roja; era como una diosa montando sobre las nubes y volando sobre el cielo.

Lin Dahu clavó los ojos en la mujer y apretó los labios para retener la saliva. La boca se le hacía agua. La *jie D*, que estaba a su lado, le dio un pañuelo de papel para que se la limpiara. Enfadado, Dahu dijo: Pero ¿qué haces? Los ojos de Dahu no se apartaban de la mujer de los tacones altos. La mujer tenía una cara bellísima, con sus largas patillas y su moño recogido. Tenía la cara redonda como la luna, y una sonrisa esculpida, que no cambiaba, como si la hubieran sacado de la modelo de una publicidad, que además hacía babear a Lin Dahu. ¡Es la mismísima Yang Guifei¹⁴¹!, exclamó.

La joven mujer le movió ligeramente a Dahu la cabeza, y pareció que le decía un elogio. Dahu, como no podía ser de otra manera, dijo, agitado: ¡Por supuesto que es Yang Guifei!

Yang Guifei levantó un brazo y se quitó la gasa roja que cubría su cuerpo. Entonces aparecieron sus carnes blancas, carnes jóvenes, que temblaban ante los ojos de todos. Lin Dahu no podía cerrar los ojos de lo excitado que estaba. Ah, pues esta era la carne... Me gusta, sí, me gusta muchísimo, se adelantó a todos Dahu.

La joven mujer había encantado a Dahu. Poco después, a ella no le quedaba un hilo sobre su cuerpo. Solo sobre sus tacones altos, se subió a una sillita que había a su lado y luego a la mesa.

Una vez ahí encima, empezó a bailar, contoneándose, poniéndose unas servilletas sobre los hombros y la cabeza, y la mano derecha sobre una de las mejillas, todo ello sin dejar de sonreír.

Dahu se giró lentamente. La mujer iba moviéndose de tal manera, tan insinuante, que todos los que estaban sentados en la mesa podían ver de cerca su cuerpo hermoso.

Lu Miantuan, el de la cara redonda, se puso de pie, y con la copa alzada, le dijo solemnemente a Dahu: Jefe Lin, para nuestros amigos y hermanos, os digo *ganbei!*

Todos los demás se levantaron y, con una copa en la mano, brindaron al unísono.

Dahu les echó un vistazo y les dijo: ¿Y la comida? ¿No hay nada para comer?

Lu Miantuan dijo: El gran hermano Lin no tiene razón; ante tus ojos está esta *delicatessen...*

Dahu se giró para ver el cuerpo de la joven mujer y dijo algo preocupado: Pero esto... ¿se puede comer?

Claro que se puede comer. Si no pudiéramos comerla, ¿qué diablos haría ella ahí encima?, dijo Lu, el de la cara redonda, y añadió: De primero, pezones de Yang Guifei al vapor. Yo mismo los he preparado para todo el mundo.

Cogió los palillos y los mojó en el potecito de salsa de soja que estaba frente a él; luego, con ellos, pinchó los pezones de la mujer que estaba desnuda sobre la mesa. Chupó la punta de los palillos y los soltó poco después sobre la mesa. Exagerando la pronunciación de las palabras y relamiéndose, dijo: *Ummm...*, llenos de carne, jugosos y tiernos, pero ni un ápice de grasa. Exquisitos, verdaderamente exquisitos. ¡Qué sabor!

Dahu no pudo evitarlo y se puso a reír como un loco: Pero ¿qué significa todo esto? ¿¡Me tomáis por un gilipollas o qué!?

Lu Miantuan dijo: Gran hermano, si supieras cómo saben esos pezones, no hablarías de esa manera. Solo tienes que probarlos y ya verás...

La mujer desnuda se giró, y todos los presentes se pusieron a mirar con detenimiento la cara de Miantuan. Uno tras otro pincharon con los palillos los pezones de la mujer y luego se los

pasaron a la boca. Incluso las cuatro sirvientas de la *jie* D probaron los pezones de la mujer. Los hombres dieron su aprobación y las hermanas D sonrieron.

Cuando los pezones de la mujer encararon la cara de Dahu, Sanhu dijo: Gran hermano, rápido, pruébalos, que aún no sabes lo buenos que están.

Dahu cogió los palillos, retuvo la respiración y sonrió.

Las sirvientas se apoyaron en la pared, y con un mando de control remoto, movieron la mesa. La mujer sonreía y sacaba pecho. Sus dos pechos, jóvenes y firmes, no paraban de moverse de arriba abajo y delante de las narices de Dahu.

Dahu alargó los palillos y, con cortesía, le dijo a la mujer desnuda: Una situación embarazosa... ¡Me ofendes, querida! Luego, le limpió los pechos, esos grandes pechos enrojecidos por los palillos y la salsa de soja, y puso los suyos. Valiente como un dragón y vivo como un tigre, Dahu se sirvió de los palillos para cogerle los pezones, mostrando así una pericia y una delicadez inéditas.

Er'hu dijo: Hermano, te lo tomas con mucho cuidado; lo de comer es hacer la revolución, no es hacer bordados...

Dahu respondió: Yo no puedo parecerme a vosotros, que sois todos unos bárbaros. ¿Qué pasa si le hago daño a la mujer? ¿Qué pasa si la desgarró? Estas cosas son un tesoro para nosotros, y en el futuro, pueden ser también un tesoro para sus hijos...

Lu Miantuan dijo: Gran hermano Lin, nuestro *dage*, ¡eres un terno cuando se trata de mujeres!

Er'hu dijo: Nuestro gran hermano Dahu es un corazón tierno.

Sanhu dijo: Dahu, rápido, pruébalos y date cuenta de una vez por todas de lo buenos que están... ¡Las hermanas se van a reír de ti!

Lu Miantuan dijo: Prueba el pezón izquierdo. Ninguno de nosotros lo ha tocado. Lo hemos reservado especialmente para ti.

Dahu volvió a extender los palillos y apretó con fuerza el seno izquierdo de la mujer, que emitió un chillido. El pezón quedó erguido de modo cómico y de él salieron unas gotas de leche. Lin Dahu, preocupado, preguntó: Pequeña hermana, ¿te he hecho daño?

La *xiaojie* que estaba desnuda sonrió.

La hermana D que estaba sentada al lado de Dahu le apremió: Toma esa leche, si se enfría no está buena.

Dahu se llevó los palillos a la boca y se puso a chuparlos y a hacer que masticaba algo. *Ńam, Ńam...*

Los presentes preguntaron, como en una charla entre amigos: ¿Qué tal? ¿A qué te sabe? ¿Está fresca? ¿Aromatizada?

Dahu respondió: ¡Fresquísima! ¡Aromatizadísima! ¡Con un sabor total!

La sirvienta volvió a activar el mando a distancia y la mujer volvió a tambalearse encima de la mesa.

Dahu, excitadísimo y mostrando mucho interés, le preguntó a Lu Miantuan: Príncipe, príncipe..., ¿esto va a continuar así?

Lu Miantuan, con un ojo abierto y el otro cerrado, no comprendía lo que Dahu quería decirle con esa pregunta, y le preguntó: Pero ¿qué quieres decir con eso de que si va a continuar?

Dahu replicó: ¡Eres un mequetrefe, y un auténtico gilipollas, Lu Miantuan! ¿Te pregunto si el banquete va a continuar de esta manera? ¿Nos vas a dejar comiendo pezones todo el rato?

Lu Miantuan sonrió: Al parecer, el gran hermano Lin es la primera vez que come en un banquete tan distinguido como este.

Er'hu y Sanhu comentaron: No digas eso del gran hermano Lin. A este tipo de banquete, nosotros dos, que somos hermanos, es la primera vez que asistimos.

Lu Miantuan sonrió desdeñosamente: Nadie quiere que los hermanos pasen la noche sobando y mordisqueando los pezones de la *xiaojie* como si fueran pepinillos. ¿Está satisfecha la niña? Nosotros somos los que comemos bien, nos divertimos bien y encima somos los guapos de la ciudad-prefectura de Nanjiang. ¿No me digáis que vosotros dos sois los últimos abuelos de este agujero en no experimentar este tipo de cosas?

Li Sanhu dijo: Gran hermano Miantuan, usted no dice más que tonterías. Mi hermano y yo hemos tenido hasta hace poco una vida de holgazanería y diversión, pasando el día entero en karaokes, burdeles y restaurantes. Los dos absolutamente enganchados en esos sitios. Pero desde el momento en que el gran

hermano Lin se puso a dirigir la compañía de perlas que él mismo había fundado, nosotros dos cambiamos por completo; es decir, nos hemos reformado totalmente y nos hemos arrepentido de los errores del pasado, hemos colgado las espadas y hemos tomado el camino de Buda. Nuestras dos cabezas se pasan el día trabajando, emprendiendo, ideando nuevas cosas y mirando hacia el futuro. Incluso cuando esa belleza resplandeciente abrió ante nosotros las puertas, nuestros dos pequeños hermanos (yo y Qian Er'hu) o los rublos rusos, ya que somos como esa moneda, nos sentíamos extraordinariamente agotados y muy pobres...

Lu Miantuan dijo: Vosotros dos, mis queridos hermanos pequeños, no debéis ser tan modestos. Si vosotros sois rublos rusos, ¿qué seremos nosotros?

Sanhu respondió inmediatamente: Vosotros sois dólares americanos; tan fuertes y estables como ellos.

Lu Miantuan dijo: Tendremos que examinar de cerca la salud de nuestros dos hermanitos. Quizá alguna de las hermanas D, nuestras *meimei*, puedan hacerlo. Y una de las hermanas D respondió de inmediato: Nosotras vendemos arte, no nuestros cuerpos. ¿Quién va a hacer, por lo tanto, ese examen?

Li Sanhu dijo: Vuestro arte consiste en abriros de piernas y no dejar un hilo sobre vuestro cuerpo, y coger al hermano pequeño y tragarlo.

La *jie* D azuzó a Dahu y le dijo: Jefe Lin, usted debería controlar mejor a sus subordinados. Debería permitirles decir únicamente cosas un «poco» civilizadas. ¿No cree?

Dahu amonestó medio en broma a Sanhu: Deja de decir estupideces, ¿quieres? No te lo permito más. Toma nota y habla bien, con palabras bellas.

Sanhu dijo: ¿Es que no hablamos bien o qué? Os gustará o no, pero en este mundo se habla así. Ya no quedan palabras bellas.

Dahu replicó: No mees fuera de tiesto, Sanhu. ¿Qué me decías? Correcto, comamos pues. Mi estómago no para de hacer ruidos. ¡Está llorando, príncipe!

Mire, gran hermano, todo esto se lo hemos preparado a usted, su señoría. Es de lo mejor que se puede comer..., y al decir es-

tas palabras, Miantuan se dirigió a una de las sirvientas y le pidió que trajera la comida: ¡Rápido, que el gran hermano está muerto de hambre!

La *xiaojie* cogió un micrófono que estaba en el muro y pronunció unas frases en voz baja.

Unos minutos después, se oyó el ruido ronco de la puerta al abrirse, e inmediatamente entró en la sala un carrito de acero inmaculado. El carrito llevaba las bandejas con la comida y de ellas salía mucho vapor. La bandeja estaba llena de cocos que hacían de cuencos, y una de las *xiaojie* le alcanzó uno a Dahu y le dijo: Sopa de alerones de tiburón con leche de coco.

Dahu bajó la cabeza y lo olió varias veces. El aroma denso y concentrado entró directamente en la nariz de Dahu, y este se puso a salivar.

Al darle un sorbo, Dahu hizo ruido y todos los presentes lo oyeron.

Al cabo de unos segundos, Lu Miantuan le preguntó: ¿Qué tal, gran hermano Lin?

Dahu continuó dándole sorbos a la sopa y, lleno de felicidad, dijo: ¡Esto sí que es leche y de la buena!

Lu Miantuan dijo: La verdad es que la leche de los pezones tiene, digamos, otro sabor, pero nada desdeñable...

Dahu sonrió amplia y gozosamente, dio otro sorbo y miró a los dos lados de la mesa. Ahí estaban Qian Er'hu, Li Sanhu y Lu Miantuan sacando la lengua como animales y absorbiendo la sopa junto con esos alerones cristalinos y brillantes de tiburón. Eran incapaces de hablar en ese momento. Las cuatro hermanas D olvidaron la elegancia y contención previas y las dejaron en el séptimo Cielo y, por así decirlo, en el corazón del gran Dahu. Y, por supuesto, Dahu empezó a amarlas, y el odio que les tenía desapareció. Su corazón generoso y tierno pudo aparecer finalmente. No era para nada esa víbora con lengua venenosa de Li Sanhu que las provocaba con su lenguaje soez. A Lin Dahu, la salsa de la leche de coco, aromatizada y densa, se le desparramaba por la boca y le caía por la comisura de los labios. Se sentía siempre incómodo en ese tipo de situaciones, como si

quisiese olvidar algo y no pudiese. Alzó la cabeza y lo comprendió de golpe. Vio que la mujer desnuda que estaba ahora junto a la pared se miraba a sí misma en el espejo, con sus labios finos abiertos, mostrando su lengua afilada, y su aspecto provocador, libidinoso y lúbrico. Pero en un abrir y cerrar de ojos, su sonrisa dejó de ser la sonrisa dulce de poco antes. Su mirada y la de Dahu se cruzaron de repente, y ella volvió a sonreír. Dahu parecía estar pensando en algo que le preocupaba y le dijo a la joven desnuda: Te pido disculpas, *xiaojie*; estamos tan concentrados con la comida que nos hemos olvidado de ti. Te lo ruego, olvídate a mí también. La cara de la bella mujer se giró lentamente, pero sus ojos siguieron la cara de Dahu, como si hubiese querido darle las gracias por algo. Dahu se giró para ver una de las *xiaojie* sirvientas y le pidió: ¡Trae más de estos alerones de tiburón con leche de coco!

La *xiaojie* miró lo que estaba haciendo Lu Miantuan, que había adoptado una postura difícil de describir en pocas palabras. Dahu, indignado, dijo: Tú nos has pedido esta sopa de alerones de tiburón y leche de coco, ¿no te la vas a comer ahora?

Lu Miantuan miró a Dahu, que estaba encrespado, y le dijo a la *xiaojie*: Rápido, llama por teléfono, a ver si pueden traer más sopa de alerones de tiburón con leche de coco.

La *xiaojie* cogió el micrófono de la pared y dijo algunas frases en voz baja. Luego dio unos pasos y se adelantó hacia donde estaba Lu Miantuan: Disculpe, señor, pero la sopa de alerones de tiburón y leche de coco va a tardar en prepararse tres horas.

Dahu saltó: ¿Tres horas? Dentro de tres horas yo ya habré volado a Beijing.

Una de las *xiaojie* D dijo: Gran hermano Lin, todavía no ha vaciado la sopera. ¿Y quiere comer más?

Lin Dahu volvió a indignarse, golpeó la mesa con la cuchara y dijo: ¡La madre que te parió! ¿Quién coño te crees que soy? ¿Quieres que yo beba tu sopa pasada?

Lu Miantuan, al ver a Dahu en ese estado, abofeteó enseguida a la *jie* D y la insultó: ¡Putá apestosa! ¡Te voy a cambiar la cara que tienes!

Sanhu se puso también a insultar: ¡Eres una perra y una viciosa! ¿Quién te crees que eres? ¿Cómo te atreves a hablar así a nuestro gran hermano? ¡Tú, puta! ¡Con mirarte la cara uno ya tiene suficiente!

A Dahu le fueron difíciles de soportar las palabras de Sanhu y le dijo: Sanhu, eres un hijo de puta. ¿A quién estás insultando?

Sanhu se sintió acusado injustamente y replicó: Gran hermano, lo único que quería era ayudarte a que te desahogaras...

Er'hu dijo: Venga, no pasa nada. Eres un tonto, Sanhu. Así no ayudas a nadie...

Miantuan se dirigió enseguida a la *jie* D, que estaba defenestrada, y le dijo: Vamos, puedes citar a nuestras madres por su nombre...

La hermana D estaba aterrorizada; con las dos manos agarró las manos de Lin Dahu y le imploró: Gran hermano, perdóname, perdóname...

Lu Miantuan le dijo: Hoy te perdono, pero mañana no vayas a cagarte otra vez en la cabeza del gran hermano. ¿O lo vas a hacer de nuevo? Esperemos que no...

Dahu dijo: Sois todos unos huevos podridos. ¿Cómo se puede escuchar lo que acabáis de decir sin perder la cabeza? ¿Me estáis ayudando o me estáis insultando?

Lu Miantuan dijo: No te enfades, *dage*. Esta putita nos está agilipollando a todos. No le des tanta importancia a las palabras. Nuestras intenciones son siempre buenas. ¿No te parece correcto, hermano Li?

Li Sanhu respondió: ¿Para qué hablar? Nosotros tres, los tres hermanos, no somos más que los tres paladines de la justicia del Jardín de los Melocotoneros: Liu Bei, Guan Yu y Zhang Fei¹⁵. Quemad incienso, golpead el suelo con la cabeza nueve veces y presentad vuestros respetos al abuelo Guan.

Dahu dijo: Habla menos, pero no por ello te vamos a convertir en un mudo medio tonto.

Sanhu replicó: Vale, vale, cerraré el pico, pero esta puta apesetosa es una perra, y hoy hay que darle una lección para que sepa cómo es uno...

La *jie* D se sentó en las rodillas de Dahu y con las dos manos acariciaba el cuello del gran hermano. Con un tono de voz sentimental y haciéndose la tonta, le dijo a Dahu: *Dage, dage*, yo, que soy del norte, carezco de inteligencia y no sé hablar adecuadamente. Ustedes son personas importantes... No me hagan caso, perdónenme, yo les serviré igual de bien que siempre...

Dahu le preguntó: Y tú, ¿cómo piensas servirme?

La *jie* D respondió: En lo que usted quiera. Seré como una vela en sus manos. A usted le toca decidirlo...

La hermana D tenía algunos dientes rotos, y cuando hablaba, el aliento a aguardiente de arroz llegaba directamente a la cara de Lin Dahu. A él le dio de repente asco y le dio un empujón a la *jie* D para sacársela de encima.

La hermana D preguntó: *Dage*, ¿me perdona?

El *dage* Dahu contestó: Te perdono y no te perdono.

La hermana D, con la boca casi cerrada, dijo: Hay muchas cosas en este pequeño mundo que no comprendemos...

Qian Er'hu dijo: Las putas chinas tienen una posición social demasiado alta en este país. Cada día, por las noches, mariscos de todo tipo, karaoke..., y todo ello sin gastar un yuan. Además, ganas dinero fácil... El estado debería hacerles pagar impuestos. Especialmente a este tipo de pollos... Pero nadie paga nada. Por eso las putas chinas son tan felices...

Er'hu habló con convicción. La *jie* D que estaba a su lado se puso de pie. Con la cara lívida, dijo: Puesto que las putas están bendecidas por la felicidad, ¿por qué no permites que tus hermanas grandes y pequeñas se hagan putas?

Er'hu se quedó con la boca abierta y sin palabras, y así estuvo un buen rato, completamente anonadado.

La hermana D también se quedó lívida y no sabía si avanzar o quedarse en el sitio. Cabizbaja y conteniendo la respiración, miró de reojo a Er'hu. La hermana se mostraba cada vez más fuera de sí y señalando con el dedo a Er'hu, le dijo: Y si no tienes hermanas, tu mujer o tu madre, ¿por qué no hacen de putas? Y ya que es un trabajo que las hará felices, ¿por qué no intentarlo?

Er'hu se despertó finalmente de su conmoción y se puso a insultarla: Puta, eres una rata que le chupa el culo al gato. ¡Tienes el valor de hablarme así! Yo hoy no te puedo dar la lección que te mereces... ¡Tú no sabes todavía que el rey Ma tiene tres ojos en la cara¹⁶!

Er'hu se puso de pie y le dio un bofetón a la valiente hermana D.

El bofetón sonó tan fuerte y contundente que todos los presentes se asustaron.

La *jie* D aguantó el bofetón con estoicismo durante un tiempo, pero no tardó en ponerse histérica, con gritos y llantos. Cogió un tenedor de la mesa y amenazó a Er'hu, pero este la cogió del cuello y la tiró al suelo. Luego cogió una silla y se la estampó en su culo. La silla saltó en pedazos. Er'hu cogió otra silla y se sentó.

La *jie* D, al lado, no paraba de llorar y de maldecir a todo el mundo en el dialecto de su terruño.

Er'hu cogió una botella de vino y le dio un trago, haciendo bastante ruido. Dijo: Insúltame, insúltame lo que quieras, puta... No comprendo un pijo de lo que me dices, pero yo también me cago en tus muertos.

Dahu vio a la hermana D y por dentro no podía soportarlo. Le dijo a Er'hu: Vale, y basta ya. Deja que se levante, anda...

¿Ya basta? Pues no es tan sencillo, dijo Er'hu. ¡Emulemos a Lei Feng¹⁷ y saquemos toda esta mierda pornográfica de China!, añadió levantándose de la silla y dándole una patada a la *jie* D mientras echaba pestes contra ella. Er'hu dijo: Venga, insúltame ahora. Con tu voz de puta, ¡insúltame! ¡Me gusta oír cómo te cagas en mis muertos con tu voz de zorra!

Los llantos de la *jie* D se fueron debilitando hasta que se convirtieron en gemidos y suspiros.

La madre que te parió, ¿por qué has dejado de llorar?, preguntó Er'hu bajando la cabeza, y volvió a sentarse.

Lu Miantuan también bajó la cabeza y vio el aspecto que tenía la hermana D. Le hizo una señal a Er'hu y le dijo: Hermano Li, lo que has hecho con esta joven no corresponde en nada con

lo que se espera de alguien de nuestro estatuto. Esto es caer muy bajo, hermano Li. Pero, si, además...

Er'hu se había embrutecido y le dijo, mirándole fijamente: ¿Qué quieres decir con eso de «si, además...»? Esta noche, yo a esta me la cargo, a este bicho... Esta puta ha debido cargarse a no sé cuántas familias nuevas, transmitiéndoles el sida... ¿Qué quieres que haga?

Dahu dijo: Vale, vale... Ya está bien, Er'hu. No armes tanto follón; cuando lo haces, no te controlas.

Er'hu respondió: ¡Ha tratado a mi madre de puta! ¿Es que no lo has oído?

Las otras tres hermanas D habían presenciado la escena y no se sentían muy bien. Las tres se arrodillaron. Una palabra yo, una palabra tú, cada una de ellas intercedía en su favor: Gran hermano, usted ha pagado mucho dinero por este servicio. Perdónenos, nuestra hermana no sabía lo que decía. Usted no es alguien egoísta, es alguien generoso. Muéstrese así esta noche. Gran hermano, ante usted, nosotras golpeamos la cabeza con la frente...

Dahu dijo resoplando: La madre que te parió, Er'hu. No sigas. ¡Eres más terco que una mula!

Miro la cara del gran hermano y os perdono, dijo Er'hu casi cayéndose de la silla. Se levantó como pudo y le arreó una patada en el trasero a la cuarta *jie* D: Y tú, ¡pírate!

La *jie* D se levantó con el cabello alborotado y la cara llena de maquillaje deshecho. No parecía, a decir verdad, un ser humano. En voz baja y lloriqueando, apoyándose como podía en la silla, se cubrió con una piel y se fue por una puerta oscura. De hecho, dos de las hermanas D habían apretado el botón que abría esa puerta y la otra hermana D pudo salir. La puerta volvió a cerrarse luego.

Miantuan se dirigió a las hermanas con una voz fúnebre: ¡Rápido, la comida!

La pequeña hermana no se atrevía a mostrarse maleducada, cogió el micrófono y dijo: La comida, pronto.

Er'hu le dijo a la tercera hermana D: Hoy he matado un pollo delante del mono. Es decir, he hecho algo para que sirva de ejemplo. No lo olvidéis. Tomad nota. No seáis el próximo pollo. No

os comportéis de manera altiva, condescendiente, con la cabeza más alta que los demás, desdeñosas con la generosidad que os conceden, e ignorantes de todo salvo del dinero y el oro. Cuanto más la gente os admire, con más modestia debéis comportaros. Alejaos de la arrogancia y la impetuosidad. ¿Olvidaréis lo que os he dicho?...

Las tres hermanas dijeron al unísono: Lo recordaremos, lo recordaremos...

Lin Dahu, sin saber si debía llorar o reír, dijo: La madre que te parió; con lo que has hablado y la que has organizado...

Qian Er'hu dijo: Les he dado una lección que les hará mucho bien en sus vidas. Todos los hombres nacen buenos. Cuando los perros enseñan, los gatos estudian. Cuando los huevos se han cocido en la cazuela, el señor los come y el estudiante mira. Pero este señor es un hijo de puta.

Las tres hermanas sonrieron con la boca cerrada.

Dahu dijo: Claro que sí. Tú eres el mayor hijo de puta que hay en este mundo.

Li Sanhu dijo: Er'hu, el segundo hermano, no es un tipo fácil. Vosotros sois todos unos promiscuos. Dejad que olvide esto.

Sanhu preguntó: ¿Qué coño le pasa a Dahu? El pequeño hermano se preocupa por los otros.

Descansa un rato, dijo Dahu. La *jie D* recibe ahora una recompensa sin merecérselo: come con nosotros esta sopa de alerones de tiburón con leche de coco. Hagamos justicia con ella, ¿no trabajáis vosotros acaso en la seguridad pública? Nosotros bebemos la leche de nuestra familia y debemos corresponder siempre; la gente nos respeta un *chi* de distancia, y nosotros respetamos a la gente un *zhang*, que es una unidad de medida más larga. ¿Qué decís vosotros?

Tras decir esas palabras, cogió un tazón de sopa y se puso de pie con él en la mano. Se acercó a la mujer desnuda y se lo dio; pero una de las hermanas sirvientas, una de las más despiertas, le paró inmediatamente los pies.

Lu Miantuan, dando una palmada con las dos manos, dijo: Gran hermano Lin, ya que tienes tantos buenos sentimientos,

sospecho que tú eres en un noventa por ciento la reencarnación de Jia Baoyu¹⁸.

Dahu miró a Lu Miantuan ya que este último le había cogido las manos y se las apretaba cada vez más fuerte. El gran hermano sonreía, todo satisfecho, y paseaba una cuchara de bronce junto a la boca roja de la joven mujer. Con un tono de voz suave, le dijo: Bebe, buena *meimei*; es una sopa de alerones de tiburón con leche de coco. Todo ello riquísimo y muy saludable...

La mujer desnuda abrió la boca y le metió la cuchara con la sopa. Todos los presentes se pusieron a aplaudir.

Sanhu dijo: ¿Qué está trajinando Jia Baoyu? Todo este ir y venir de Dahu es falso... Nuestro gran hermano es a todas luces Baoyu; esto es lo único verdadero¹⁹.

Er'hu respondió: Compañero mío, eres un completo analfabeto. ¿Sabes de dónde sale Jia Baoyu?

Sanhu respondió: ¿Me estás examinando o qué? ¿Me preguntas de dónde sale Jia Baoyu? Jia Baoyu es un personaje de *El sueño del pabellón Rojo*..., y es el «director de las mujeres» en el jardín de la Gran Vista.

Todos los presentes se pusieron a reír. Por un lado veían discutir a Er'hu y Sanhu, y por otro, observaban cómo el gran hermano Dahu le daba la sopa a la mujer desnuda. Todos ellos habían ya olvidado el mal momento que acababan de pasar. Justo en ese instante, una de las *jie* que ejercía de camarera trajo una bandeja con un cochinillo, y todos alargaron el plato, donde les sirvieron la carne del cerdo con una salsa espesa. Una de las sirvientas dijo: Señores, ¿no es esto lo que se esperaban según el procedimiento a seguir?

Lu Miantuan dijo: ¿Es necesario preguntarlo?

La *jie* esbozó una sonrisa amplia y no volvió a decir nada más. Mientras tanto, a la mujer desnuda le pusieron una flor de loto en la parte baja de su vientre, para cubrirlo.

Dahu preguntó: Pero ¿para qué es esto?

Lu Miantuan sonrió y contestó: «El río Jiangnan²⁰ lleva a Cailian, que es un campo de flores de loto...».

Dahu preguntó: ¿Y qué quiere decir esto ahora?

Lu Miantuan dijo: Ellos lo dicen simplemente. Yo no tengo ni idea de lo que significa.

La camarera siguió poniendo las hojas sobre el cuerpo de la mujer desnuda y empezó a embadurnarla con la salsa espesa como quien está preparando un plato sofisticado.

Dahu sonrió: La madre que te parió, Miantuan, tienes verdaderamente un talento para estas fiestas... Parece que puedes resucitar a un diablo...

Er'hu dijo: No os excitéis tanto..., que todavía no lo hemos probado...

Dahu dijo: Queda un poco, solo un poco. Lo único que quiero es aplastar esa salsa espesa de color amarillo en la barriguita de esa *meimei*... Pero no, no me excito...

Lu Miantuan cogió un trozo de piel crujiente del cochinillo y lo untó en la salsa espesa que cubría la barriga de la mujer. Lo untaba una y otra vez. Se trataba de una salsa que también estaba hecha con flores de loto.

Dahu hizo lo mismo, pero no se lo llevó a su boca, sino que se lo ofreció a los demás. Les dijo: No nos olvidemos de alimentar a la bella... Y al decir esas palabras, le dio un trozo del cochinillo a la mujer desnuda y le dijo: Mi queridísima, gran *meimei*, prueba un trozo.

La mujer estiró los labios y agitó la cabeza para decir que no.

Dahu le dijo afablemente: Si tú no comes, ¿cómo vamos a hacerlo nosotros?

La mujer desnuda volvió a sacudir la cabeza.

Er'hu se levantó, impaciente. Con una voz ronca, dijo: Oh, oh, oh..., esto hace bailar a un esqueleto. La lección que acabo de dar a las otras chicas también estaba dirigida a ti... Nuestro gran hermano es un ser de sangre real. Mueve el esqueleto y sírvele... ¡La madre que te parió, no te hagas el perro de oro y valora el favor que te estoy haciendo!, le dijo a la mujer desnuda.

Lu Miantuan quiso persuadir a la mujer desnuda: ¡No defraudes al jefe Lin!

Lin Dahu se entremetió: Vosotros, mis compañeros, ¿cómo podéis ser tan insolentes? Unas garras que aprietan fuerte no

son nunca dulces. ¿No es cierto? Gran *meimei*, si no comes ahora, nuestros corazones lo sentirán en exceso. Te lo pido una vez más... Al decir eso, le abrió la boca por la fuerza a la mujer desnuda y le metió la carne de cochinito.

Después del cochinito, vinieron los bogavantes. La bandeja de los bogavantes quedó situada entre los muslos de la mujer. La cabeza de esos bichos estaba todavía viva y los largos bigotes se movían cómicamente. Y la cola, igual: se ponían tíasas frente a esa parte donde ya acaban los muslos. Dahu cogió con los palillos un trozo de bogavante, lo untó en la mostaza y lo metió en la boca de la mujer. Pero Dahu había puesto mucha mostaza, y la mujer no podía tragar el trozo de bogavante y se puso a llorar a lágrima viva.

Dahu golpeó sus propias manos y se disculpó: Lo siento, lo siento... Yo debería morir. ¡Sí, morir!, dijo, sirviéndose de una servilleta de papel, limpió las lágrimas de la mujer.

Sanhu le dijo a esa *jie* que no se atrevía a abrir la boca: ¿Lo has visto? Vosotras, lo que debéis hacer en el futuro, es encontrar marido, como nuestro *dage*.

La hermana que se había teñido el cabello de color rubio (como el oro) dijo: Ver no sirve de nada... El gran hermano Lin es este tipo de hombre que nace pocas veces. La emperatriz no sabe que hay muchas mujeres jóvenes, bellas y talentosas que buscan marido... ¿Dónde vamos nosotras a poder encontrarlo?

Sanhu dijo: Vosotras no debéis perder la confianza en vosotras mismas. No hay nadie como nuestro *dage*, y nadie que trabaje como él. Pero uno nunca sabe lo que le interesa... Quizá acabe casándose con una de las *jie* D...

La *jie* D de los cabellos dorados dijo: Te diré esto, incluso si el gran hermano Lin no me desea, yo no me pelearé por convertirme en su esposa legal, es decir, su primera esposa; pero no me importaría ser la segunda o tercera esposa...

Er'hu dijo: Me habéis dicho que esta chica tiene... ¿Cuántas energías? ¿Qué interés hay en convertirse en una esposa legal? Una esposa legal es la que es observada todo el tiempo; las otras esposas son las que en realidad se divierten...

Y mientras persuadía a los demás de sus ideas, llegó otro plato. La *jie* que hacía de camarera sacó la bandeja de bogavantes de los muslos de la mujer desnuda. Er'hu se sorprendió y cogió un trozo de hielo que había sobre esa bandeja. Adivinadlo, ¿qué pienso hacer con esto?

Todos lo adivinaron, pero se limitaron a esbozar unas sonrisas y nadie abrió la boca.

Sanhu dijo: ¡Sí, yo lo he adivinado! Er'hu tiene fiebre y hay que meterle ese hielo en la boca para bajarle la temperatura.

Er'hu dijo: Que te den por el culo, Sanhu, ¡mi cabeza está de puta madre!

Sanhu dijo: Entonces, no lo he adivinado...

Er'hu encaró a la mujer, la puso mirando hacia el lado opuesto y le abrió las dos piernas. Luego le metió el hielo en el paso estratégico principal por el que se puede entrar en el cuerpo. La mujer cerró instintivamente las piernas y apretó los glúteos para que el trozo de hielo no entrase. Er'hu le dijo: Me temo que tu paso estratégico apesta..., y esta es la razón por la cual no entra el trozo de hielo.

Dahu, indignado, dijo: ¡Er'hu, la madre que te parió! ¿Qué coño estás traficando ahora?

Er'hu contestó: Me estoy divirtiendo...

Dahu dijo: ¿No ves que estás arruinando la elegancia de este banquete? Eres un auténtico hijo de puta.

La pequeña hermana que hacía de camarera había traído una bandeja con pepinos verdes y zanahorias y dijo: ¡Este es el plato del viejo tigre!

Lu Miantuan rio a escondidas: Este plato del viejo tigre no es igual que el que se come en el noreste del país. Este es un ejemplo.

Lu Miantuan se puso en la boca un zanahoria flácida y la metió entre los muslos de la mujer, dentro de lo que se suele llamar la «fortaleza»...

Todos los presentes se quedaron fascinados. Luego se oyó un sonido contundente. Todos se giraron y vieron a un grandullón que tenía la cabeza igual que la de una calabaza china que le había dado una patada a la puerta oscura. Tenía dos puños que eran

como dos martillos, y para pasar por la puerta tuvo que agacharse. Una vez dentro, pudo enderezarse; y una vez derecho, tan furioso como andaba, su cabeza parecía que iba a romper el techo. A sus espaldas iba la *jie* D que había sido maltratada y ofendida. Y junto con la hermana D, entró una mujer toda estirada y tensa, una mujer con los ojos profundos y la boca retorcida, una mujer de piel oscura.

Dahu reconoció a esa mujer. Sabía que ella era famosa en Nanjiang, sabía que era la primera de las tres mamaítas. Alguien que sabía andar por los dos lados (el blanco y el negro) del camino con la misma presteza. Dahu intuyó al instante que las cosas no pintaban bien. Se levantó de la silla y llamó a esa mamaíta famosa: Gran hermana Hu, hacía tiempo que no te veía. La mamaíta no le reconoció, simplemente, y le preguntó con solemnidad: ¿Sois vosotros los que os habéis atrevido a pegar a mi pequeña *jie*?

Er'hu se puso derecho y salió: Soy yo quien la he zurrado. ¿Y qué pasa?

Me apellido Hu y soy la mamaíta de esta niña, ¿cómo te has atrevido a pegarla?, le dijo.

Er'hu dijo: Ella no comprende nuestras reglas, ¡y debería hacerlo!

La mamaíta Hu sonrió fríamente: ... Y puesto que no comprende vuestras reglas y costumbres, ¡vais y la zurráis como unos salvajes!

Er'hu respondió: Si la hemos zurrado, la hemos zurrado. ¿Qué tienes tú que decirnos ahora?

La mamaíta Hu respondió: Y vosotros sois los responsables de la justicia y la seguridad pública en este agujero perdido en el sur de China. ¿Cómo podéis hacer esto?

La mamaíta Hu le hizo una señal a ese pedazo de Han que era el grandullón, y el pedazo de Han se adelantó como un tigre y agarró del cuello a Er'hu. Parecía que estaba agarrando una de esas cebollas largas verdes. Er'hu se sintió atenazado y con sus dos manos intentó liberarse de las manos del pedazo de Han. Pero no podía... El pedazo de Han le apretaba el

cuello hasta que empezó a aflojar... Er'hu se dio de bruces contra la pared y luego cayó al suelo. Una vez ahí, se puso a insultar a todo el mundo.

Sanhu sacó un cuchillo que tenía junto a él y gritó: ¡Hijo de la gran puta! ¿Cómo te atreves a tocar a mi segundo hermano? ¡Te voy a cortar a trozos!

Sanhu se precipitó sobre el pedazo de Han para clavarle el cuchillo, pero el pedazo de Han, a pesar de su corpulencia y de su peso, pudo esquivarlo. Sanhu solo pudo clavar el cuchillo en el vacío. El pedazo de Han le dio un puñetazo muy violento a Sanhu, en sus hombros. El golpe sonó a metálico, y Sanhu cayó, quebrado, al suelo.

Lin Dahu vio que las cosas habían llegado a un punto crítico y le hizo un saludo muy caluroso y cordial a la mamaíta Hu. Le dijo seguidamente: Gran hermana Hu, lo que ha pasado hoy es asunto mío. No culpe a mis dos hermanos. Si hay que pegar a alguien, que ese grandullón de la etnia Han, la nuestra, la del pueblo chino, me pegue a mí. Si eso no funciona... Dahu cogió el cuchillo de Sanhu, se lo dio a la mamaíta Hu, y prosiguió: Le pido a la gran *jie* Hu que me pegue ella personalmente. Yo, Lin Dahu, seré vuestra pequeña y traviesa sirvienta...

Lu Miantuan dijo: Mamaíta Hu, hoy soy yo quien ha preparado esta fiesta. Si ha pasado algo, es a mí a quien hay que castigar severamente. Sus hermanas pequeñas deberían también comportarse mejor...

La mamaíta Hu le dijo: Si alguna de ellas se ha ido de la lengua o se ha excedido, ha sido sin duda porque se han visto en una situación difícil. No son más que niñas. Debéis perdonarlas; y si alguien debe pegarlas, esa soy yo, y nadie más que yo. ¿Lo entendéis ahora? Esto funciona así, y lo que es degradante, es degradante. Sin más. Somos personas como vosotros y se nos debe respetar. ¿No os parece? Nuestras hermanas deben aprender todavía muchas cosas de este mundo.

La mamaíta Hu se giró para ver a las hermanas D y les recriminó: ¿Es que no sabéis quién manda aquí? Habla tú, que estás ya con un pie en el otro mundo...

¡Ja!... ¡Así que es esto! La gran hermana Tian, que no había participado en la discusión hasta el momento, añadió: Ah, esto es lo que sucedió precisamente con la inundación del templo del Rey Dragón²¹: ¡no se ha reconocido a los miembros de la misma familia!